

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 253

29 DE DICIEMBRE DE 1878.

AÑO V.

LA FILOSOFÍA SOCIAL. (1)

El problema planteado hace más de dos mil años por los sofistas puede considerarse como resuelto. No hay nada fuera de la naturaleza, y como las impulsiones orgánicas que aseguran la vida del individuo con su concurso, las convenciones expresas, los actos voluntarios por medio de los cuales se organizan las sociedades, son movimientos naturales sometidos á las leyes de la vida en su evolucion. La oposicion entre estos dos grupos de hechos no tiene ya razon de ser, puesto que se conviene en reconocer una parte de intencion en los hechos sociales ménos reflexivos que se observan, así en el animal como en el hombre, y una parte de espontaneidad, de inconsciencia en los hechos sociales más deliberados por los que se organizan y gobiernan las naciones. De un grupo á otro no hay más que una diferencia de grado; ó por mejor decir, no forman más que un sólo conjunto regido por las mismas leyes que son las de la evolucion biológica. La sociología, como ciencia general, ha encontrado, pues, su método y parece estar constituida, puesto que se halla cultivada en los diferentes países y en los distintos grupos científicos por los mismos procedimientos, á partir de ciertos datos fundamentales que cada vez es más ocioso discutir. No es esto decir que los más importantes problemas particulares de esta ciencia estén resueltos. No es nuestro ánimo, por ejemplo, afirmar que se sepa mejor que ántes á qué atenerse respecto á las relaciones entre el individuo y el Estado en tal ó cual nacion, respecto á los límites que la ley debe imponer á las grandes asociaciones que tienden á vivir independientes en el seno de los Estados modernos, respecto al fundamento del derecho

(1) Este artículo inédito forma parte de la obra de A. Espinas, titulada *Las sociedades animales*; constituye el final de la *Introduccion histórica* que el autor ha añadido á la segunda edición.

de castigar, etc.; únicamente aludimos á que se ha establecido cierto acuerdo sobre los principios de la ciencia, y en cuanto al método que conviene emplear para su estudio: lo demás es cuestion de tiempo y exige largas investigaciones experimentales que no podrán ser bien interpretadas sino despues de extensas discusiones. Así, hoy por hoy, en Inglaterra, en el seno mismo de la escuela evolucionista, sostienen unos que el progreso en materia de gobierno consiste en el aminoramiento de la accion central, mientras que otros creen que estriba en su creciente extension. Lejos, pues, de que las soluciones anteriormente expuestas sean de tal naturaleza que cierren inmediatamente los debates políticos, les abren un ancho campo. Solamente se ha encontrado un terreno comun, un terreno científico en que pueden tener lugar las discusiones con utilidad ó provecho para el porvenir: en la inteligencia de que la ciencia social no busca lo que debe ser sino despues de haber estudiado lo que es, de que no puede guiar ó dirigir la práctica sino despues de haber examinado cuidadosamente los hechos y sus leyes, de que es, en fin, una ciencia experimental como todas las demás y alcanza la verdad por procedimientos admirables, conocidos y probados desde hace tres siglos en la investigacion de la naturaleza.

Y no solamente los libros que tratan de las ciencias sociales se penetran cada vez más de las expresiones derivadas de las soluciones que acabamos de exponer, sino que la misma práctica recurre cada vez con más regularidad á los procedimientos que implican su aceptacion general. No hay un Parlamento europeo que quisiera resolver una de las cuestiones particulares que se le someten sin ilustrarse con la estadística. La demografía ó estadística de los hechos concernientes á los movimientos de la poblacion es de uso p erpetuo en las Asambleas, y no es aventurado creer que de las cuestiones particulares se irá poco á poco extendiendo á las cuestiones más generales. ¿Se tomarian el trabajo de comprobar con determinaciones numéricas el

orden de los fenómenos pasados, si no se hubiesen asegurado de que los fenómenos venideros se han de suceder siguiendo los mismos principios y con arreglo á las mismas leyes?

No se podría negar, sin embargo, á no estar alucinados, que tales doctrinas no se hallan aún en contradicción con las ideas que tienen curso bastante general en Francia, prescindiendo de los centros científicos propiamente dichos. Casi todas estas ideas descansan en un principio contrario á las opiniones, cuyo desarrollo acabamos de recordar: saber que el individuo es por su alma una fuerza enteramente independiente y constituye un mundo aparte. Abierto por el lado en que toca al infinito de donde emana, y por el que recibe sus principios de conducta bajo la forma de prescripciones absolutas, se halla cerrado por el lado de la sociedad, y no se relaciona con ella sino por las modificaciones accidentales que de ella recibe. Hay concesiones que se está bastante dispuesto á hacer á las nuevas tendencias. Se admite de buen grado que la idea de que la sociedad es un artificio humano, se concilia con la que la considera obra de la naturaleza.

Porque se comprende que la naturaleza es también artista, y que el tiempo ha venido á borrar las antiguas demarcaciones entre el trabajo de esos invisibles artesanos de que se compone el animal y el vegetal, y la industria de los seres humanos. La primera y más asombrosa de las artes es aquella por la que cada organismo se construye según un plan siempre el mismo, antes de construir su morada con arreglo á un plan también determinado, en general, según la especie. Que el arte sea más ó menos consciente, que se aplique á un objeto ó á otro, no deja de ser el mismo en el fondo; y demasiado se sabe lo que hay de inconsciente en el genio para separarlo por completo del procedimiento ordinario de la naturaleza en la elaboración de sus más bellas obras. Se admite sin dificultad que la sociedad cambia, y que su cambio es una verdadera vida. Puesto que ella no es como esos productos del arte que, una vez salidos de la mano del obrero, quedan para siempre inertes; puesto que sufre incesantemente los recorridos de los artistas prendados de ideal, que la componen al mismo tiempo que la construyen, participa de su movimiento, marcha con ellos, y su marcha es un progreso. Pero

aún se vá más lejos; no se niega que este progreso esté regulado y que las leyes sean más ó menos comprensibles. Y hasta es una verdad, generalmente admitida, que el conocimiento de esas leyes es necesario á los que quieren influir en la marcha de las naciones: algunos llegarían tal vez hasta considerarlos conciliables en su inflexible necesidad con la libertad humana bien entendida. Por todos lados, la ciencia y el lenguaje políticos son invadidos por la idea de organización, que es la misma que la de la vida. Pero hay un dominio en que tales hábitos de ideas, tan simpáticos y casi inevitables como se acaba de ver, son rechazados por el fin de la moral tradicional, fundada sobre la metafísica intuitiva (*a priori*). Sin entrar en la discusión de los méritos intrínsecos de la sociología moderna, demostremos que no merece ser rechazada de antemano, á causa, en cierto modo, de su mismo aspecto, y sólo por sus exteriores, en nombre de la más alta autoridad que hay en el mundo; según la evidencia, ó, lo que es lo mismo, en nombre de la conciencia moral.

Se le reprocha; en primer lugar, que es una doctrina exclusivamente positivista. Pero la exposición histórica que precede habrá disipado esta prevención; se ha visto en ella, en efecto, las teorías sociales de que Comte y Spencer se han hecho en este siglo enérgicos promovedores, defendidas anteriormente por Aristóteles, Kant y José de Maistre, sin que ninguno de éstos pensadores espiritualistas de diversos grados, haya creído deber renunciar aceptándolas á sus creencias esenciales. Se ha visto igualmente que si esas teorías se acomodan á la metafísica de Spinoza, no se concilian con menos facilidad con la metafísica de Leibnitz.

Nosotros confesamos no comprender por qué, después de que José de Maistre creyó necesario aceptarlas para escapar á las teorías del contrato social, un espiritista de nuestros días se ha demostrado más descontentadizo. Se trata aparentemente de sostener en completo estado de causa la posibilidad de la acción divina sobre la sociedad humana; si esta acción no se ejerce ya por medio de tal ó cual personalidad privilegiada, ¿no puede ejercitarse por el conjunto mismo de los movimientos espontáneos que animan á las multitudes y las conducen por transformaciones insensibles al resultado marcado? El movimiento de la historia, dice Schiller, se desarro-

lla "bajo la penetrante mirada de una sabiduría que vé de lejos, que sabe encadenar los arbitrarios caprichos de la libertad á las leyes de una necesidad directora, y hacer servir los fines particulares que persigue el individuo á la realizacion inconsciente del plan general." Esta es, por lo demás, segun Hartmann, la idea comun de todos los filósofos, desde Kant. La accion divina no se manifiesta en la naturaleza (en el crecimiento de un árbol, por ejemplo), por la intervencion exterior de una voluntad reflexiva. En las fuerzas elementales ocultas en el seno del vegetal, es donde ella se deja sentir, sin duda, puesto que no hay otras en ese ser desprovisto de conciencia centralizada. ¿Por qué no habia de dejarse sentir lo mismo en lo más profundo de las almas colectivas, en la region inconsciente de donde nacen las tempestades sociales, pero de la cual se derivan tambien esas saludables resoluciones con que se regenera una nacion? Aunque se juzgue necesario creer en los hombres providenciales, será preciso admitir que sus designios no pueden realizarse sin el concurso de circunstancias favorables, y se reconocerá que las poblaciones deben estar preparadas por la Providencia á saludar su advenimiento. Pero hay que asimilar los organismos sociales á los organismos naturales, sobre los que la accion de la Providencia se ejerce en cierto modo por dentro, y que desplagan una fuerza de desarrollo espontánea.

De la misma manera, el carácter *a priori* de las prescripciones de la conciencia puede conciliarse con el origen histórico que la sociología asigna á los sentimientos cuya fórmula abstracta dan. La doctrina que atribuye á una inspiracion divina, la voz de la conciencia y las ideas de la razon, no está interesada en que esta especie de revelacion se haga de un modo ó de otro. Las leyes necesarias de la existencia social, imponiéndose al espíritu por la trasmision hereditaria, por la educacion, por las influencias inevitables del medio, ¿no podrian ser consideradas como la voluntad de Dios que se manifiesta á nosotros por mediacion de la naturaleza? Así es como lo entendian Vico y José de Maistre. Porque segun las disposiciones de los espíritus, donde unos no ven más que la accion de la naturaleza, prefieren otros ver la accion de una inteligencia que se sirve de la naturaleza para llegar á sus fines. A no ser que se quiera

sostener que esta inteligencia no realiza jamás sus designios sino por una infraccion formal de las leyes que ha establecido, nada impide considerarla como el autor de los arreglos sociales que de vez en cuando prevalecen, y de las creencias morales en que éstos se fundan. Bueno es, por ejemplo, creer que, dedicándose por una impulsión hereditaria á las afecciones domésticas y patrióticas, se conspira con la Providencia por la realizacion del orden universal y el desarrollo de la civilizacion.

Se dirá que las prescripciones de la moral son absolutas. Las de la política, de las que se quiere hacer derivar los derechos individuales, son esencialmente relativas.

No trataremos de rechazar la objecion, como nos sería fácil hacerlo, poniendo de manifiesto las incontestables divergencias que existen hoy entre las diversas concepciones del derecho, tanto el privado como el público, de las innumerables naciones ó pueblos que cubren la superficie de la tierra. No invocaremos más las variaciones que ha experimentado el conocimiento del deber, y, preciso es decirlo, el progreso que ha realizado desde los tiempos primitivos. Ni insistiremos sobre los diversos modos de obrar que el mismo hombre ó un mismo Gobierno se ve obligado á adoptar, segun que entre en relaciones con hombres civilizados ó con salvajes, segun las circunstancias normales ó excepcionales en que se ve colocado. Preferimos reconocer que, á despecho de esas variaciones en el tiempo y en el espacio, la moral se ha compuesto siempre, en efecto, de un corto número de principios esenciales; esenciales condiciones de la vida social, que constituyen en cierto modo el tema fundamental de la moralidad, y que se desarrollan segun los medios y las circunstancias en prescripciones particulares más ó menos preciosas y más ó menos extensas.

Pero, ¿qué doctrina es la más autorizada para afirmar esta universalidad y esta inmutabilidad de los principios fundamentales de la moral? ¿La que hace descansar el discernimiento de lo justo y de lo injusto sobre una revelacion trascendente instantánea, ó la que le considera basada en la organizacion tanto orgánica como intelectual del individuo, cuyos principales factores son la raza y el centro social?

Si la ciencia muestra bajo un punto de vista completamente objetivo que las obligaciones

varian con las relaciones sociales, bajo un punto de vista subjetivo y en la vida práctica, como no depende de nosotros el cambiar nuestros más profundos sentimientos y la estructura de nuestros órganos, á la que tal vez se hallan ligadas desde hace siglos las aspiraciones de nuestra conciencia, las obligaciones son absolutas en todo el sentido de la palabra, es decir, que no podemos admitir un sólo instante que nuestro capricho ó nuestro interés nos las puedan quitar.

Aunque el mundo estuviera destinado á una próxima ruina, aunque la sociedad de que formamos parte debiera abismarse con nosotros en la nada, mañana, esta noche, ahora mismo, no nos sentiríamos menos impulsados por nuestros deberes, en tanto que derivan de la naturaleza de las cosas y de las creencias implantadas en nosotros por la educacion y la herencia.

Esa es la gran ventaja de las teorías que nosotros hemos presentado; teorías que no hacen ya de la accion moral un signo de deferencia en cierto modo platónica vis á vis de una ley abstracta (formalismo que es el vicio fundamental de la moral de Kant), ó una especie de precaucion interesada en concepto de una satisfaccion personal más ó menos lejana. Demandan frecuentemente sacrificios sin compensacion; prestan un servicio, llenan una funcion normal, cuyo fin es el desarrollo de la vida en la sociedad de que uno es miembro; le comunican una razon de sér sacada de los intereses del universo que solo el pesimista ó el nihilista pueden desatender. Un eminente pensador escribia recientemente: "Si nos remontamos á los principios, creo que la palabra de mal no puede tener más que un sentido en filosofia, á saber un principio de destruccion; y el bien, por el contrario, es un principio de conservacion. Fuera de esto no hay más que arbitrariedades y fantasia... Un pueblo entregado á la energia, añadia, se disuelve necesariamente ó es absorbido por los más poderosos que él (*Causas finales*, P. Janet).

Nosotros queríamos que nos fuese permitido apropiarnos esta opinion y hacer con ella el resumen de nuestra filosofia social. Ella sola dá un sentido completo á las reglas de la moralidad, y valor real, sin quitarles nada de su dignidad. La virtud no podria ser una palabra vana, desde el momento en que es la condicion de existencia del grupo, y llega á ser, en verdad,

el fundamento del edificio social. Ha bastado que las sociedades tengan un oscuro sentimiento de ella, para que le atribuyan carácter sagrado.

Por lo demás, seria inexacto creer que la filosofia de la utilidad tiende inevitablemente á disminuir la autoridad de la conciencia, y á sustituirle el sólo imperio de la ciencia, obrando conforme á las leyes de la sociología. Así seria, en el caso en que la sociología desconociese la parte que tienen el instinto y la costumbre en las determinaciones humanas; pero una de las primeras verdades que ésta ciencia nos enseña es, como hemos visto, el carácter espontáneo é irreflexivo de la mayor parte de nuestras creencias y de nuestras acciones. Será, pues, de desear en todo tiempo, que el hombre quiera el bien en razon á sus tendencias nativas, más bien que en razon de sus ideas abstractas.

Los sentimientos, las afecciones, la simpatía y la piedad serán siempre las verdaderas fuentes del bien moral en cada uno de nosotros. La ciencia social sigue á la conciencia con lento paso. No puede estudiar sino lo que es; y la conciencia, en sus oscuros movimientos, dá origen á nuevas formas de sociedad, á nuevos sentimientos morales. Una sociedad no es un mecanismo formado de un número determinado de ruedas, siempre el mismo; es un cuerpo en vía de perpétua renovacion; cada uno de sus estados está lleno del pasado, pero tambien lo está del porvenir. Lo que separa el porvenir y el llamamiento á la existencia, es la idea más ó menos definida que los pueblos se hacen de hora en hora, son sobre todo los ardientes deseos que esa idea suscita en los corazones, impacientes por gozar los placeres que su realizacion les ofrece. El ideal tiene, pues, derechos á determinar las acciones de los hombres, que ninguna doctrina social debe desconocer. Es el principio y el resorte de la vida moral individual en la humanidad. La ciencia interviene para examinar el ideal, apreciar su valor práctico por medio de leyes conocidas, y decir si es ó no contrario á las condiciones actuales de existencia de una sociedad dada.

La impulsión viene de la conciencia ó del corazon; pero la regla y la medida proceden de la ciencia. Sin el amor de la vida, de una vida que promete ser cada vez más intensa y más dulce, compartida con un número siempre ma-

yor de seres simpáticos, no habría para la sociedad ni existencia ni progreso; sin la concepción científica de la ley, es decir, de relaciones constantes entre los fenómenos, sin el conocimiento del orden social descansando en el orden de la naturaleza, la sociedad iría sin guía á la persecución de irrealizables quimeras. La inducción es otra cosa que la forma superior de las combinaciones de ideas por las cuales se adapta todo ser inteligente á las condiciones del medio? ¿Puede concebirse que un ser tan complejo como la sociedad humana, teniendo relaciones con un medio tan variado y extenso, pueda subsistir sin proveer de la manera más precisa á esa adaptación?

Sería imprudente reprochar á la ciencia experimental con demasiada severidad sus errores pasados ó presentes. Los que han pretendido dictar en nombre del ideal de las constituciones á los gobiernos y de los deberes á los particulares, no están exentos de análogas equivocaciones. Si Aristóteles justifica la esclavitud, momentáneamente necesaria á la ciudad griega, Platon sueña con abolir la familia y la propiedad, condiciones eternas de la vida social civilizada. En materia de locuras crueles ó ridículas, los visionarios no ceden en nada á los empíricos. Y los empíricos que se entregan á la utopía lo hacen precisamente porque abandonan el método científico y buscan lo que debe ser sin tener en cuenta lo que es. El error es para la ciencia una prueba inevitable; pero el tiempo juzga las hipótesis y, tarde ó temprano, los hechos hablan bastante alto para hacer callar los disentimientos particulares. Ciertamente es que valdría más para nosotros tener al alcance de la mano la verdad demostrada que tener que buscarla tan penosamente á la luz de la experiencia; pero como los moralistas y políticos que tienen la vista fija sobre el ideal nos presentan una multitud infinita de copias muy diferentes las unas de las otras, nos será también preciso dedicarnos á un largo y difícil exámen para saber cuál es la verdadera.

Otro cargo se ha formulado contra la filosofía social que toma por base la observación de la naturaleza. Ella rebajaría al hombre al nivel del animal. En esta comparación de la organización de la ciudad humana con la de la ciudad animal, colmena ú hormiguero, la independencia y la dignidad de la persona humana, se ve-

rían inevitablemente comprometidas. Así sucedería, en efecto, si se pretendiese trasportar las leyes de las sociedades animales á las humanas, y si el resultado de un estudio comparado de unas y otras debiera ser una identificación de ambos objetos. Pero nosotros protestamos contra semejante conjetura.

Cuando sea un hecho la sociología animal, se verá que las leyes esenciales de la sociedad humana, el respeto del derecho y el valor absoluto conferido al individuo, que se quieren defender como si corriera un peligro real, están, por el contrario, confirmados poderosamente por las observaciones de los naturalistas. ¿Cómo?

Desde las más humildes sociedades hasta las más elevadas, en todas podemos sin trabajo comprobar un progreso constante de los sentimientos afectuosos. Muchos animales sociables superiores se conducen entre sí como si la persona de cada miembro del grupo tuviese para los demás un valor absoluto. Y puesto que la organización social se halla sometida á las mismas leyes (*mutatis mutandis*) que la organización física, ¿no se sabe que un organismo no puede vivir y prosperar sino en la medida en que se mantienen y desarrollan los elementos que lo componen? Léjos de ser la lucha por la existencia, el aniquilamiento del individuo, el rasgo característico de la vida en los límites de un mismo cuerpo y de una misma sociedad, es la coalición para mejor sostener esa lucha, es el respeto del individuo que es la primera condición y el carácter dominante.

¿Por qué se pretende que todos los filósofos que establecen analogías entre el hombre y el animal social no tienen otro objeto que sacrificar lo mejor que hay en el hombre para realzar lo peor que hay en el animal? Nos parece, por el contrario, inevitable que la mayor parte de los sociólogos concluyan como frecuentemente lo hace Platon en *las Leyes*, es decir, pidiendo al hombre que iguale en mínimum la virtud del animal sobre los puntos en que se aproxima á nosotros, pero sobre todo que le aventaje, y, puesto que la civilización está tan distante del estado salvaje como este de la animalidad, que á sí mismo se exceda incesantemente.

Elevar á las sociedades animales es realzar al mismo tiempo á la sociedad humana, que las aventaja de tan léjos y las domina de tan alto.

Nosotros creemos servir más eficazmente á la

causa de la civilizacion demostrando que la humanidad es el último término de un progreso anterior, y que su punto de partida es una cima, que aislándola en el mundo y haciéndola reinar sobre una naturaleza desprovista de inteligencia y de sentimiento.

A. ESPINAS.

MAHON.

(Conclusion). *

XII

Ya es de España Mahon: ya no volverá á sentir la mano de hierro de sus opresores de setenta y ocho años, y cesarán, de consiguiente, las artes y las violencias ejercidas contra sus moradores para hacerles olvidar la pátria suya, los fueros de su independencia, hasta las costumbres y la religion de sus mayores.

Que habian ganado con la dominacion de los ingleses, se atreve á decir uno de éstos, segun ya hemos visto, y lo dirán, de seguro, los demás. Ni es exacto eso ni importaria de serlo. Más estima el pobre la choza de sus antepasados y el hogar paterno en libertad é independiente, que, sujeto al capricho enemigo, las torres y ciudades más soberbias. El hombre es como las aves; las más nobles prefieren su desabrigado nido en la montaña á la dorada jaula en los palacios donde pronto se asfixian y perecen.

Si no tuviéramos otras pruebas de la lealtad de los habitantes de Menorca que las ya reveladas en este escrito, expresion elocuentísima de cuán arraigado se halla en ellos el espíritu de españolismo, podríamos aún aducirlas nuevas con recordar el recibimiento que en 1802 hicieron á las autoridades de Mallorca y á las tropas que las acompañaban. «El Ayuntamiento y habitantes de Ciudadela, decia el general «Vives en uno de sus despachos, han manifestado el mayor júbilo de verse ya bajo el dominio de su amado soberano, con iluminacion, repique de campanas, y dando á la tropa un

«refresco de carne, arroz y vino: lo mismo han «practicado en la villa de Mercadal, donde hicimos noche ayer, como igualmente en esta «plaza.»

Los ingleses presenciaban esos trasportes de alegría, tanto más extraordinarios y espontáneos, cuanto que los menorquines no deberian abrigar sino una esperanza remota de que la nueva situacion que aclamaban con tal entusiasmo fuese duradera. Ya no habria entre ellos uno que pudiera recordar la antigua alcurnia española, y diez y seis años en un siglo no eran para tranquilizar los ánimos y darles seguridad de que no habrian de repetirse los ataques y las servidumbres que tantas veces y tan cruelmente habian afligido á su amada isla.

Para evitarlo en adelante, y evitar á España nuevos bochornos tan encendidos y afrentosos como los pasados, era necesario no caer en los mismos errores que los habian producido y corregirlos en razon y en las proporciones de su escarmiento.

Se podia haber observado la facilidad lamentable con que nuestros enemigos se apoderaran tantas veces de la isla, y calculado que algo más que la debilidad de sus gobernadores habria que influyese para el éxito infeliz de las resistencias que hubieran éstos intentado. Sólo con hacer memoria de la obra de destruccion que se ejecutó en 1782 se puede comprender la elevacion de miras y la previsora vigilancia que servirian de guía á los hombres de Estado que la ordenaron. La confianza más ciega y hasta estúpida ha dirigido casi siempre los actos de nuestros gobiernos; y la que se reveló en Menorca arrasando unas fortificaciones cuya conservacion podia ser tan provechosa, se ha puesto, despues, de manifiesto una y cien veces en la administracion política de nuestro país. Aquí se ha dejado todo para el momento del peligro, para cuando ya no habia tiempo ni medios de poner remedio al abandono de tantos años. A los dos de ser Menorca devuelta á España, se temió una invasion nueva en la isla y se dieron algunas disposiciones, verdaderamente inútiles, para ponerla en el estado posible de defensa; en 1817 se creyó en un ataque de los anglo-americanos que habian mandado una escuadra á invernar en Mahon, y se ordenó tambien un proyecto de fortificacion y, no habiendo dinero ni aún para eso, se recomendó la mayor vigi-

(*) Véanse los números 233, 234, 235, 236, 238, 239, 243, 250, 251, y 252 págs. 161, 205, 228, 274, 330, 357, 495, 714, 744 y 773.

lancia, único recurso á que podia apelar el Gobernador en aquellos momentos; en 1840 se supuso tambien que los armamentos que se hacian en Tolon por la cuestion de Oriente, quizá podian dirigirse contra Menorca, y se exigió, del mismo modo, el mayor cuidado; y en 1852 y en otras varias ocasiones se atendió á iguales recomendaciones al hacerse patente que la política del segundo Imperio iba á todo ménos á la paz.

A cada una de las amenazas que venian del exterior contestaba nuestro gobierno con la orden de estudiar un proyecto de fortificacion que, de realizarse, seria cincuenta años despues; y, pasado el peligro, se desistia hasta de ese mismo estudio, más que por caro, por inútil ya, puesto que todas las naciones del mundo nos querian hasta la adoracion y nos respetaban hasta el miedo. Y como en 1783 el coronel Zappino, acabadas de echar por tierra las formidables obras de fortificacion que defendian la isla, tenia que proyectar, y sábiamente por cierto, otras para las que no habia ni voluntad ni dinero, en 1817 el de igual graduacion don Eusebio Ruiz, y el capitan D. Rafael Balanzat en 1840, tenian ya que atenerse á fundar en ruinas miserables y de reconstruccion casi imposible, proyectos que ni siquiera se les permitió acabar; y, por fin, segun acabamos de exponer, en las demás ocasiones citadas no se echaba mano á otros recursos que á los de la vigilancia y, en todo extremo, al del valor de nuestros soldados y el espíritu pundonoroso, así se decia, de sus jefes.

Esa ha sido siempre la prevision española; y no sin causa corren en boca del pueblo esos conceptos epigramáticos que constituyen su venganza.

Ahora mismo, ¿no tenemos la plaza, acaso más importante, puesto que es la verdadera llave del estrecho de Gibraltar, la plaza de Ceuta, entregada á la lealtad de unos soldados que, al fin y al cabo, hacen servicio tan preferente en virtud de una condena por faltas que, sean de la índole que sean, no dejan de ser faltas, cuando no culpas ó crímenes? Y para mayor abundamiento, ¿no se ha cometido á esos mismos soldados la guarda de millares de hombres condenados á las más graves é infamantes penas por los más crueles asesinatos muchos, y todos por delitos enormes? El día en que, como ha

estado á punto de suceder, esa guarnicion, rompiendo los lazos de la disciplina, tan quebradizos en hombres de tales condiciones como las de los que componen el regimiento de Ceuta; el día, repetimos en que esa guarnicion se hubiera sublevado y dado suelta al presidio, ¿qué podia y qué debía esperarse? El embarque para la península era difícil y seguro en ella el fracaso de sus intentos políticos, si es que pueden tales hombres obedecer á sentimientos de esa clase. Más fácil y, sobre todo lo espedito, era la fuga al vecino imperio de Marruecos, que es lo que regularmente habrian ejecutado. Pero el abandono de tal fortaleza, ¿no podria traer consecuencias más graves aún para la pátria que la fuga y los atropellos y los robos de tales gentes?

Sin la fidelidad ó el remordimiento de algunos de ellos y la energía de los jefes, Dios sólo sabe lo que allí hubiera podido acontecer.

Viene de muy léjos esa imprevisión y, por eso, la condenamos aquí, como endémica é histórica, si nó, en España. Esa clase de establecimientos deben tenerse á distancia, nunca en punto estratégicamente importante, y siempre allí donde haya capacidad para una accion moral por medio del trabajo unido á la penitencia.

Pero volvamos á Menorca.

No sirvió, segun ya hemos visto, de escarmiento la nueva pérdida de aquella isla en 1798, y desde su recuperacion en 1802 cayó otra vez en el más completo olvido del Gobierno, al ménos en cuanto á su estado de defensa, hasta las ocasiones que tambien hemos mencionado; pero en éstas, sólo al ofrecerse ó, á lo sumo, mientras duraron las alarmas que producian. Y si bien es verdad que la guerra de la Independencia y las posteriores civiles podian excusar de que se prestara atencion á las que entónces no parecerian urgencias, cierto es tambien que la causa más fehaciente de tanto abandono fué siempre la desidia nuestra habitual.

Felizmente hácia 1843 se piensa, al cabo, en Mahon por individualidades dignas de loa que comunican al Gobierno sus temores y las ideas, en su sentir, más eficaces para ahuyentarlos. Y se observa cómo, aceptadas en los centros administrativos militares y considerándose luego urgente su realizacion por sucesos imprevistos en la Europa Central, se decretan las obras con

calor verdaderamente admirable en nuestros gobiernos.

Fíjase, sobre todo, la opinion en la conveniencia de que la Mola sea la base del sistema general defensivo del puerto de Mahon y del de la isla, por lo tanto. Y aun cuando este pensamiento, tan discutido entre los ingenieros ingleses, ofrezca inconvenientes y no de un orden inferior, prevalece, por fin, entre los nuestros con aplauso, que hay que conceder que ha sido, puede decirse, que general, casi unánime.

La sucinta historia que hemos hecho de los sitios de la fortaleza de San Felipe, demuestra que el mayor de los defectos de que adolece aquel castillo, por otros conceptos tan importante, es el de su asiento en una posicion, si inmejorable para el dominio del puerto, que ofrece ancho campo, en cambio, á las obras y á las operaciones de su asedio. Defendia bien el puerto y cubria mejor quizá la isla con cuyas más importantes localidades comunicaba más fácilmente; pero no se defendia á sí mismo con la eficacia que puede hacerlo la Mola por su aislamiento en la entrada del puerto. Y como el éxito de la defensa de Mahon y de Menorca depende, mejor que del amparo que ofrezca, de su duracion considerable y, á poder ser, ilimitada, de ahí el que, una vez impedido el ingreso de las escuadras enemigas en Mahon, sea preferible la defensa de la Mola, retraida á un extremo, á un rincon de la isla, que la de San Felipe más dominante y más en comunicacion con las otras poblaciones y los demás puertos de la misma.

Una península, con efecto, que hasta puede aislarse y la defensa de cuyo istmo, despues de todo, se hace fácil por los accidentes topográficos que lo constituyen y que le avecinan, promontorio robustísimo, inabordable para el enemigo por lo erizado de sus rocas, y más aún por la artillería que puede en él colocarse, hoy superior todavía en accion á la resistencia de las más gruesas corazas; que cubre la entrada del puerto, haciéndola casi completamente infranqueable al enemigo, constituye una posicion de primer orden y que, fortificada de manera conveniente, puede sufrir la comparacion con las de Gibraltar, Céuta y alguna otra que en el mundo militar pasan por inconquistables.

Ya una comision de ingenieros, compuesta de los señores Villar, Coello y Burriel, oficiales distinguidísimos del arma, y destinada en 1844

á seguir las operaciones de los franceses en la Argelia para estudiar aquella guerra, tenida equivocadamente por escuela entre los militares del tiempo, habia llamado la atencion de su director, el inolvidable general Zarzo del Valle, sobre la opinion extendida por el ejército de la conveniencia de ocupar las islas Chafarinas y de Menorca, de absoluta necesidad para la Francia, en el concepto de todos los oficiales, si habia de continuar la lucha tan gloriosamente comenzada en 1830. Alarmado sin duda el gobierno español con tales noticias, dispuso que aquella misma comision, terminado su encargo en Africa, pasase á Malta y, examinadas la isla y sus fortificaciones y puerto, que ofrecen alguna analogía con los de la segunda de nuestras Baleares, se trasladaran á Mahon á estudiar tambien y proponer el sistema que deberia seguirse para su mejor defensa. Y á fines de 1845 y principios del siguiente año de 1846, recorrida la isla y sujetos á un detenido y concienzudo exámen los fuertes que la defienden, sus condiciones y su historia, propusieron unánimes la fortificacion de la Mola como la llave de la defensa de Mahon y de todo Menorca.

Hasta Febrero de 1848, segun antes hemos indicado, al realizarse en Francia los cambios políticos de todos conocidos, no se resolvió, sin embargo, por nuestro gobierno la tan recomendada, y ya urgentísima, obra de poner el puerto de Mahon á salvo de un ataque, y se libraron los fondos necesarios para llevarla á ejecucion.

No hemos de decir nosotros qué obras se hicieron ni cuáles fueron levantándose despues, segun lo permitian los desahogos del siempre exíguo presupuesto del ministerio de la Guerra; eso lo estudiarán allá en París ó Londres, si tienen interés en ello, que no han de saberlo por este escrito. Pero conviene que se divulgue por España que si desde un principio y no dejándose de llevar de impresiones de la política internacional en una Europa tan mutable como la de ahora, se hubiera trabajado, aunque despacio, con constancia y sin interrupciones casi siempre indefinidas, hoy podria pensarse con toda tranquilidad en acrecentar más y más aquel sistema defensivo hasta hacerlo invulnerable respecto á Mahon y extenderlo despues al resto de la isla. Si en lugar, tambien, de tantas comisiones como por el Gobierno, los directores de las armas y los capitanes generales de las Baleares, se han for-

mado, unas de innegable autoridad científica y otras hasta de afición y aún de curiosidad, oficiales pero no rigurosamente técnicas en asunto tan sério; si en vez de eso, repetimos, se hubiera seguido un plan único, previsor de los adelantamientos que ya se dibujaban, aunque en lontananza, en la tormentaria y la balística, no hubiera habido las vacilaciones que se han experimentado en el trazado de las obras ni en su ejecución.

Sería interminable, no ya el exámen, sino la enumeración tan sólo de los planes de defensa que constan en el archivo copiosísimo del general Cotoner. Estudios y proyectos de comisiones de oficiales de Ingenieros, de Artillería, de Estado Mayor, mixtas de estas armas é institutos y aún de todos los del Ejército; unos breves en demasía, otros extensos con exageración, original alguno, y los más entresacados de otros antiguos ó modernos; todos están revelando las infinitas interrupciones que la ciencia, variando de continuo, y los ahogos, sobre todo, del presupuesto, han hecho sufrir á un trabajo de tanta trascendencia para el honor de la Nación y de su ejército.

Como el primer objeto también debía ser el de obtener fuegos contra la boca del puerto, se sacrificó á él, por lo que parece, la obra principal, la más vasta y más cara, por lo mismo, de tiempo y de dinero, la de conjunto que hubiera de armonizar ese mismo objeto con el de la defensa general de la Mola. Y el aguijón de esas dos economías, tan importantes en el estado de nuestro erario y en la urgencia del caso, arrastraron á la unión de los primeros trabajos destinados á impedir la entrada en el puerto, con los antiguos que los ingleses habían ejecutado en el monte, causa de la irregularidad que pudo en un principio observarse en aquellas fortificaciones, hoy sábia aunque trabajosamente remedada en la fortaleza que el 10 de Octubre de 1852 recibía, por boca del general Cotoner; el nombre augusto de la egregia reina Doña Isabel II.

Falta mucho, sin embargo, para que la Mola sea lo que debe ser, y falta más aún para que las fortificaciones de Menorca ofrezcan la seguridad que es de desear en objeto tan importante á los intereses y al decoro de España. La isla tiene una población, sobre todo, y varios puertos ó fondeaderos que convendría poner á salvo de un golpe de audacia de los enemigos, quienes

podrían intentar ocuparlos para base de sus operaciones por tierra, como lo han hecho cuantas veces la han invadido. Entre los nuevos descubrimientos defensivos los hay sumamente eficaces para el caso, y es necesario que se preparen bien de antemano para utilizarlos en ocasión oportuna. Los mejores, con todo, son las fortificaciones; y aún cuando no hayan prestado un gran servicio las levantadas hasta ahora, tanto se han señalado los caminos más propios para la invasión de la isla, que así como pueden economizarse algunas de éstas, cabría el dar mayor fuerza de resistencia á las que se considerasen como necesarias. Si es difícil el evitar un desembarco en litoral tan accidentado y rico en calas profundas y cómodas para esa clase de operaciones en días de vientos y mares determinados, no lo es tanto el impedir la estación en ellas tan permanente y segura como necesita un invasor que no ha de hacer uso del puerto de Mahon el tiempo que exija el sitio de la Mola. Para eso, el puerto de Fornells, y á lo más, el de Ciudadela pueden servir especialmente, por lo que conviene hacer un estudio detenido de sus condiciones, tanto militares como comerciales, para, según ellas, determinar el modo de que no sirvan á los enemigos.

Pero lo que, sobre todo, hace falta en Menorca es una guarnición numerosa y fuerte, que además de guardar las fortalezas sea capaz de, con sus maniobras y acción, impedir el desembarque y, cuando no el de algunas fuerzas enemigas, si su establecimiento en un punto de la costa del que puedan hacer base para sus operaciones sucesivas contra Ciudadela y Mahon.

Y ahora vamos á entrar en otro orden de ideas, por delicado y espinoso que sea.

Hay fuerzas todavía no tomadas aquí en cuenta, á que pudiera apelarse, si bien dando resultantes envueltas siempre en tinieblas impenetrables aún para los espíritus más vivos y perspicaces. Esas fuerzas que á veces han llegado á remover los obstáculos más poderosos que pudieran oponerse á la salud y al engrandecimiento de algún país, se encierran en una sola palabra de sentidos diversos, en una fórmula, también, cual ninguna otra discutida en la embrollada ciencia de la diplomacia: ¡las alianzas!

Pero, ¿podríamos citar muchos ejemplos de fortuna sólida y duradera por ese camino? ¿No podrían, por el contrario, presentárenos mu-

cho de memoria triste para la patria nuestra?

Ya hemos dicho ántes que, por punto general, no somos refractarios á la opinion del célebre secretario de Florencia, cuya tierra toca hoy los resultados de su doctrina política en esa parte. Una experiencia, sin embargo, bien amarga, la de nuestros más trascendentales reveses, la de los que han hecho bajar el nivel de la influencia española en el mundo hasta el humildísimo actual, nos debe hacer sumamente prudentes y cautos.

No necesitamos recordar verdaderamente los errores que hemos anatematizado hace poco; sólo haremos una observacion que puede servirnos más adelante en este tema; la de que nuestras alianzas nos han sido siempre funestas desde que no hemos sido la primera parte en ellas.

Y es que una vez terminada la accion para que se forman y al darse los contratantes cuenta de las ventajas reportadas, la mejor parte es siempre la del leon, y es necesario que aquellas sean muchas para que toque alguna medianamente importante á los demás que apenas si ven compensados con honra los inmensos sacrificios de todos géneros que se han impuesto. Cuando la fortuna se niega á sonreirse á los aliados, es ya otra cosa. Entónces pueden disponerse los menos fuertes á ofrecerse como víctimas propiciatorias á los piés del vencedor.

Seria ociosa para con lectores como los de esta clase de escritos la demostracion histórica de esto; demostracion que en España se haria muy fácilmente con ejemplos elocuentísimos de las últimas centurias.

Las naciones, con todo, no pueden vivir aisladas; les sucede lo que á los individuos; que nadie les tiene consideracion alguna. No pueden ser tampoco torpes, porque entónces, ó no aciertan en la eleccion de conexiones ó pierden el fruto que pudieran sacar de ellas.

Pero, ¿y los hombres de Estado? se nos dirá.

«¿Qué se hizo el Rey Don Juan?

«¿Los Infantes de Aragon

«qué se hicieron?...»

Cuando faltan, porque la tierra no los da, las medianías, inspirándose en el propio temor de su impotencia, se forman un plan de conducta, tan dotado de recelos y precauciones para las aventuras de una alianza como para hacer respetar su neutralidad, si la creen preferible.

Pero, ¡por Dios! no hacer lo que España ha hecho hasta aquí.

Ahora, afortunadamente, se ve más claro que entónces. La Europa ha cambiado por completo, en su manera de ser desde el fin de las guerras napoleónicas del primer Imperio. Los antagonismos van cediendo en presencia del peligro comun; y, áun cuando con paréntesis dolorosos pero de enseñanzas que no deben olvidarse, se verifica una concentracion regional y de raza que hace mucho más fácil la resolucion de los grandes problemas políticos.

Dos tendencias se dibujan en el vasto horizonte de la Europa actual: una, hiperbórea, que sólo espera una inteligencia íntima entre las partes, ántes tan dispersas en voluntades y ambiciones, que tienden á compenetrarse en esos mismos intereses para hacerse invasora y amenazar con las irrupciones del comienzo de la Edad-Media; y la otra, occidental, que, de atrevida y, quizá, jactanciosa é insultante, tiene que zanjar todas las divisiones que la destrozan y acogerse á una defensiva que sólo pueden hacer robusta la concordia y la abnegacion más patrióticas. Allí gobiernan la ambicion más perseverante y el cálculo, ya antiguo, de disoluciones externas; aquí sólo las pasiones. Si éstas no se calman, ó se refrenan, si no se afronta con valor el peligro que ofrecen para constituir una confederacion que oponga á sistemas autoritarios exagerados, sistemas de gobierno templados, pero enérgicos tambien segun su índole moderadora, á virtudes primitivas, virtudes ilustradas y á una religion bastardeada la única verdadera y moral, la Europa será lo que Napoleon decia, ó republicana ó cosaca, y no sabemos cuál de las dos seria peor.

Nuestras alianzas, pues, están en Occidente; no debiendo, por ahora al ménos, meterse nuestros desgraciados estadistas en esos perfiles de equilibrio que la Diplomacia dice sólo élla comprender y que no son más que el disfraz de su ignorancia y de su flaqueza. La primera necesidad es la de la fuerza: creémosla, pues.

Entre tanto, repétiremos que la mejor garantia para Menorca es una guarnicion bastante numerosa para atender á la evitacion de todo ataque repentino y especialmente al establecimiento de fuerzas enemigas terrestres en un punto ó zona de su litoral.

El aislamiento de Menorca y su poca exten-

sion hacen, afortunadamente, posibles noticias rápidas y seguras de las intenciones del enemigo, desde las atalayas del monte del Toro y de las torres que deben establecerse en las calas más propias de un desembarque, torres que deben unirse por un alambre que siga el perímetro de la isla para que, al ménos en algun tiempo, no se vean aquellas interrumpidas, con lo que las tropas tienen tiempo para acudir á las playas amenazadas. Sólo con una combinacion bien entendida de las tropas de la guarnicion y de las fortalezas que se levanten en la isla puede impedirse la ocupacion de Menorca. Lo más importante, sin duda alguna, es que haya un punto, como el de la Mola, donde el pendon de España pueda ondear por mucho tiempo, más ahora que las guerras y las complicaciones internacionales suelen tener duracion corta ó limitada por las condiciones de la Europa moderna, los enormes gastos que producen los armamentos, y los celos que en todas partes despiertan. Pero no basta eso para el honor y la dignidad de España. Es necesario que se sepa y se reconozca en Europa que, no sólo estamos dispuestos á rechazar las ingerencias, y, más aún, los atropellos de los que se consideren con fuerza suficiente para inferirnoslos, sino que tenemos además medios para hacerlo con éxito.

Si en alguna parte debemos ponerlos de manifiesto es allí donde importa más para el decoro de nuestra nacion y su integridad. Y ya que todos nos envidian una posicion tan privilegiada en el más importante mar interior del continente europeo, no apelemos sólo para su defensa á las ambiciones, á los celos y á las dificultades que pueda ocasionar en ellos su ocupacion injusta y hasta pirática, que de todo ofrece ejemplos la de que se trata; no: que sepa el mundo que la bandera que en sus fortalezas ondea, si no representa la fuerza de otros tiempos, ostenta tales y tantos lauros, que suplirán en mucho con su recuerdo la que necesiten sus defensores para mantenerla siempre enhiesta por España. En peores tiempos que los presentes ha sido sorprendida nuestra pátria por rivales de sus glorias ó enemigos de su independencia; y Galloway, Stanhope, Staremberg, Nelson y Napoleon podrian decir qué pueblo hallaron en este suelo sagrado y amadísimo para defender tan preciados objetos.

XIII

Y hemos dado fin á nuestra tarea de hoy.

Podríamos decir mucho más; y de ello se penetrarian nuestros lectores con sólo extender la vista por los cuatro voluminosos legajos que componen el archivo menorquin del general Cotoner. Pero, aún así, creemos haber interpretado el pensamiento que haya producido la generosa deferencia que debemos al veterano balear, si no en toda su extension, en una parte al ménos, la suficiente, en nuestro sentir humilde, á su patriótico objeto.

Este no podia ser otro que el elevado de fijar la atencion de los hombres reflexivos sobre las vicisitudes que ha corrido la parte más valiosa, aún siendo la más pobre, de su país natal. Nosotros nos hemos lanzado, no siendo el nuestro, á llamarla hácia los peligros que aquel singularísimo y noble pedazo de la madre España pudiera correr en estos tiempos tan calamitosos de la política europea.

Pero, más que resultado de la intencion que pueda atribuírsenos en este sentido, mejor que pensamiento preconcebido en tal orden de ideas, debe considerarse nuestro escrito, en cuanto aparezca en él como opinion personal nuestra, producto del exámen y de la reflexiva observacion de los documentos que hemos tenido á la vista, todos tan recomendables como los que por su interés patriótico acabamos de dar á luz. ¡Cuántos, sin embargo, dejamos inéditos!

Una prudencia que algunos, quizá, tacharán de excesiva; las conveniencias, naturales de guardar cuando de tan altos intereses se trata; el mismo grito de alarma que ha resonado en uno de nuestros Cuerpos Colegisladores respecto á las eventualidades que pudiera correr la isla de Cabrera, cuya capacidad y topografía, situacion y aún condiciones de las aguas que la cercan probarian el buen golpe de vista de sus adquirentes, si es que los hay para otro objeto que el de un contrabando siempre pernicioso á los intereses del Estado, la imprudencia de sus trasferidores y la incuria de los que consintieran tamaño escándalo; todo eso y una nube de consideraciones que, de seguro, no han de escaparse á la penetracion de nuestros lectores, nos han aconsejado satisfacernos con la publicacion de los documentos trascritos en este,

por otra parte, largo ya y soporífero trabajo.

Si las ideas no, porque esas, como patrióticas, han de mantener siempre el interés en pechos españoles; la forma fraseológica de varios de los documentos; su mala traducción á veces, y la estructura especialmente dada al conjunto, al todo de nuestro escrito, han de hacerlo, con efecto, pesado por demás y triste.

Mas de ese defecto, de gran bulto en un país impresionable como el nuestro, de grande imaginación y poco juicio, de virtudes cívicas incomparables, pero falta de prevision y de firmeza políticas; de ese defecto, de gran bulto, repetimos, para lectores españoles, más poetas que filósofos, mejores cronistas que historiadores, adolecen todos nuestros trabajos y las «Nieblas de la historia patria,» principalmente, dirigidas, como quien las haya visto habrá podido observar, á sólo ofrecer documentos desconocidos que den luz sobre alguno de los infinitos puntos oscuros de nuestros fastos. En ellas no nos ha tocado otra tarea que la de ligar entre sí los diferentes datos que hayamos logrado adquirir y relacionarlos con los más accesibles á la generalidad, imprimiéndoles, de ese modo, el orden necesario y el interés posible.

En cambio de trabajo tan sencillo y casi mecánico, la gloria de su composición resulta nula: si hubiere alguna, sería para nuestro respetable amigo el marqués de la Cenia, que tan generosamente nos ha proporcionado el exámen de su curiosísimo archivo.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

NOTAS DE VIAJE.

FRANCIA

I

DE PASO POR PARÍS.

Ya no llegan á mis oídos los armoniosos acentos de la divina lengua toscana, de aquella lengua en que escribieron Dante, Ariosto, Petrarca, Boccaccio, Machiavelli, Giordani y Leopardi. Lengua toscana en boca romana, es dicho que expresa la claridad y perfección con que los romanos pronuncian el toscano, que aspira á ser en Italia lo que el castellano en España, la lengua nacional. Digo que aspira, porque aunque ya lo es oficial-

mente, no lo es en las costumbres. Todavía discuten los literatos sobre la excelencia de este ó del otro idioma; aún se escribe contra la falange capitaneada por Manzoni; hácese esfuerzos para realzar las condiciones de supremacía supuestas en el milanés, en el veneciano, en el romanésco y hasta en el piamontés que es un idioma suave, melífluo, canto de sirenas, como su primo hermano el catalán.

Ahora llega á mis oídos el acento de la lengua francesa. Nada debiera decir contra ella. En francés están escritas las obras de Lamartine, de Chateaubriand, autores que, con otros españoles, hermosaron los días de mi primera juventud. En francés están escritas las obras de Balzac, de Victor Hugo, de Alfredo de Musset, de Alfonso Karr, que en los dominios de mi alma hicieron una revolución contra los primeros, destronándolos para siempre. Y francesas son las obras de Pascal, de Courier, de J. Sand, de Gautier, ¿incluíre á Heine entre los franceses? que con los antiguos dominadores comparten aún el imperio.

Sin embargo, si hubiera podido oír hablar á estos escritores, es fácil que se me hubieran quitado muchas ilusiones. Yo no quiero que nadie se muerda la lengua; por lo tanto, con más razón desearé que ninguno se la coma, y los franceses se la comen cuando hablan.

Una vez acostumbrado el oído al idioma francés, llega á gustar... ménos que el español ó el italiano. Escrito en un instrumento manejado admirablemente por hombres de talento, no se puede negar. Hablado por los parisienses, parece un enjuagatorio con el que se limpian la boca al tiempo de expresar las ideas. Mezquino tributo de pobreza de ánimo rendirá á la moda el español ó el italiano que, acostumbrado á oír magníficas, sonoras y nobles lenguas, se entusiasme con la raquítica pronunciación del francés vertido al parisiense.

Esto sentado, ¿qué he de decir de París que tenga algún interés para mis lectores? Absolutamente nada de nuevo. Todo está hablado en conversaciones particulares; todo está escrito en libros, revistas, artículos, cartas y demás formas de expresión en el asunto. En el inmenso cúmulo de datos aprovechables para una *Guía de París* pienso hacer acopio, con objeto de aspirar á la creación y desempeño de una cátedra sobre *París filosófico, económico é industrial, con aplicación á los emigrados*, cátedra que debe fundarse en nuestra Universidad Central el día en que se amplíen los estudios políticos, para responder á una necesidad que el juego de nuestras instituciones reclama imperiosamente.

Apuntaré, pues, mis impresiones. París se ajusta al ideal que me había formado. Muchas calles, grandes edificios, plazas desahogadas, mucha gente, mucho coche, mucho vago, cielo oscuro y lluvias perpétuas.

Hay en la vida una edad propicia á los ideales; en ella nos formamos las ilusiones por gruesas, sobre lo que entra en la esfera de lo creado. El resto de la existencia nos le pasamos en perder ilusiones á docenas.

Lo primero que me ha choeado en París, como buen provinciano que soy, son los anuncios, que todo lo escalan, que todo lo invaden, que ganan las alturas y se arrastran por el suelo. Pequeños, grandes, dorados, de papel, múltiples en forma y perfectamente inútiles. Como que en acostumbrándose la vista á verlos ya no los vé, y faltan, por consecuencia, á su objeto.

Lo que despues me ha llamado la atencion son las palabras *liberté*, *egalité*, *fraternité*, escritas en la fachada de todos los edificios del Estado, iglesias inclusive.

La *liberté* en París es difícilísima de explicar, puesto que nace del juego entre un gobierno eclético y un municipio avanzado.

La *fraternité*, á lo que presumo, estriba en dar al prógimo contra una esquina, para sacar á salvo el número uno, que es por donde empiezan todas las numeraciones, y la caridad bien ordenada.

La *egalité* se ha vuelto del revés desde que se proclamaron los inmortales principios de la revolucion francesa. Entónces la *ega'ité* consistia en que el ladron, el zapatero, el escritor, y el duque se llamaban *ciudadanos*; no habia clases sociales, ni aristocracia, ni mesocracia, ni democracia, ni ogocracia. Ahora consiste la igualdad en que todos, desde el barrendero hasta Mac Mahon se llaman *monsieur*, y desde la mariscala hasta la lavandera se llaman *madame*. No hace muchos dias que las coristas de un teatrillo bufo faltaron en masa á la representacion, dejando al público chasqueado, y al empresario en falta, ofendidas porque en el cartel de la funcion se habia puesto *coro de mujeres*, en vez de *coro de señ'oras*.

Un artista, amigo mio y compatriota, acaba de tener una riña con su portera, por haberla llamado en tono familiar y cariñoso: Celestina, por su nombre. La digna funcionaria ha echado centellas por los ojos, diciendo que ella no se llama Celestina, que se llama *madame*. Lo más grave del caso es que la portera se llama Celestina, y no sólo se llama así, sino que creo que lo es.

Aparte de esta manera de entender la igualdad

y la fraternidad, aquí se vive en la edad de oro soñada, por los poetas; no se conoce el *tuyo* y el *mio*, por la sencilla razon de que todo es de los franceses, y lo que el extranjero trae pronto sale de su poder.

Porque no hay que olvidar que París se compone de dos partes. Una honrada, decente, de sólidos principios, buena doctrina y morigeradas costumbres. Fórmanla, en general, los comerciantes concienzudos, los sábios de veras, los grandes industriales, los propietarios legítimos, la gente sana, en una palabra; compónese la otra de cuanto hombre y mujer poco escrupuloso, y de manga ancha está avecindado en la capital del mundo con objeto de robar legalmente. Los primeros dan decoro, fama, importancia á París; los segundos sostienen una vasta conspiracion contra las personas de buena fé, y principalmente contra los doscientos mil forasteros que ordinariamente alberga la ciudad.

Contra semejante conspiracion es imposible defenderse; hay que entregarse atado de piés y manos. El *quid* de la dificultad para estos industriales consiste en apurar el ingénio para sacar los cuartos sin faltar á la ley ni á lo convenido aparentemente con el público. Industrias, espectáculos, ventas, consumos en sus divisiones y subdivisiones, especies, géneros y familias, modas, formas y manifestaciones, tienden á inventar la triquiñuela que os ha de engañar, la trampa en que habeis de caer por muy abierto que lleveis el ojo y por muy cerrada que tengais la bolsa. Una vez en el garlito comprendeis dos cosas á cual más cargantes: primera, que os han robado; segunda, que no os podeis quejar á nadie.

Suprimo los ejemplos, porque seria el cuento de nunca acabar. A este modo de ganar dinero se le llama ingénio, habilidad, sapiencia. No sé qué dirán los belgas, portugueses, italianos y demás compañeros nuestros en raza; lo que sí sé es que los españoles llamamos á esto... ya saben Vds. cómo lo llamamos.

Hay ciertas cosas que nunca entrarán en nuestro carácter, y por lo que llevo observado en mis correrías, he sacado en consecuencia tres proposiciones que me atrevo á defender en público certámen si hay alguno que quiera objetar. Prévio, por supuesto, el indispensable permiso del Gobierno y la absoluta libertad necesaria.

Son las siguientes:

- 1.ª La España tiene condiciones para ponerse á la cabeza de la raza latina.
- 2.ª ¿Qué se entiende por ponerse á la cabeza de la raza latina?
- 3.ª Maldita la falta que nos hace el ponernos á la cabeza de la raza latina.

Ni pienso halagar el orgullo nacional, ni mucho ménos. Antes al contrario, celebraría poder levantar la albarda para que se vieran las mataduras.

Como ave de paso, no puedo conocer la parte buena de este dichosos París. Tengo que resignarme á tratar con lo dudoso y á ver lo falso, que el francés, y sobre todo el parisien, ama con delirio.

Hay dias en que la mentira se le mete á uno por los ojos, y le acompaña desde la mañana hasta la noche. Hoy ha sido uno de ellos.

Al salir de casa comprendí que era falsa la sonrisa con que me saludó el portero, individuo que no vé en mí más que una propina disfrazada de español.

En el primer puesto de periódicos compré el *Petit Journal*, especie de *Correspondencia*, pero que no es órgano oficial ni de la opinion ni de la prensa, lo mismo que el diario noticiero de Madrid. Hoy es jueves 14 de Setiembre; el periódico fué escrito en la noche del 13, y sin embargo lleva la fecha del viernes 15, lo cual es completamente falso. Esta manera de acelerar el tiempo, sin adelantar nada, tiene imitadores en la prensa de la capital de España.

Antes de almorzar he visitado la ponderada iglesia de San Vicente de Paul. La piedra de la escalinata y el mármol de las columnas han salido de las canteras del laboratorio de un industrial, son de mortero y de argamasa, productos que imitan perfectamente la piedra y el mármol.

Para tomar mi modesta colacion he penetrado en un local resplandeciente. Desde la puerta se divisaban salones y más salones, largas filas de elegantes mesas, innumerable série de ricos mecheros, gran concurrencia. Despues que hube tomado asiento, ví que me hallaba en un espacio reducidísimo é irregular, cuyos muros, cubiertos de espejos en toda su extension elevaban á la quinta potencia las proporciones de la sala.

Por la tarde he estado en el Palacio de la Industria. Hay exposicion artística, en la que abundan las imitaciones del bronce, de la seda, del marfil, de los rayos coronados. Os venden por objetos de la China y del Japon monerías hechas en Francia. El arte que observais en las estátuas es violento, exagerado, falso.

Saliendo de allí para corretear un poco, me he encontrado por las calles con francesas vestidas de *cicciaras*; esto es, con el traje típico de la aldeana romana, tan enfadosamente reproducido en cuadros y acuarelas. Con infinitos caballeros *decorados*, dignos, por su cara, de un grillete. Con otra porcion de mentiras andando, de falsedades en coche.

Traspuesto el sol, cuando el gas luce en las tien-

das, casas y esquinas, me han brindado amor ninfas de estuco, houries de escayola y sirenas de cal y canto. Antes que manchar mis lábios en las repintadas cáscaras que cubren el rostro de semejantes criaturas iria en peregrinacion á Roma á besar la *Galatea* de Rafael ó la *Aurora* de Guido Reni, que aunque pintadas, son más *frescas* que las deidades de los bulevares.

Cansado de tanto ataque á la verdad, de esa pobre señora que vive en el fondo de un pozo, y que solo el tiempo tiene derecho de descubrir, me he venido á casa á filosofar como un ramplon.

Aunque no soy aficionado á las exageraciones, me es imposible prescindir de afirmar que los parisenses son los seres más torpes de la raza europea despues de los ingleses.

Una ciudad que, como París, es la capital del mundo, para conservar la capitalidad con justicia debia entender todas las lenguas del globo terráqueo, desde el groelandés hasta el hotentote, desde el ruso hasta el patagon, desde el chino hasta el español. ¡Que si quieres! El ciudadano de París no entiende el francés que hablamos los extranjeros, y con dificultad percibe el que hablan los franceses de los departamentos. Una administracion alambicada les ha convertido en máquinas. Si se suprime algun detalle del complicado sistema que aquí rije para servir de comer, para entrar en el teatro, para tomar la correspondencia de un omnibus, ¡qué más! hasta para cortarse el pelo, el parisien es hombre al agua, líquido, que dicho sea de paso y sin intencion, no es de los que entusiasman á los franceses.

Todo está tan reglamentado, todo tan uniforme, que si invertís en la comida el orden de los platos y pedís *maquereau*, despues de la carne, os sirven macarrones, puesto que despues de la carne no va el pescado. El servidor en París sabe muy bien que el *maquereau* antecede á la carne, lo mismo en las comidas que en otras operaciones.

Preguntad á un municipal por una calle cuyo nombre va precedido de artículo, y no os dará razon. El inteligente funcionario buscará en el *Indicador de las calles* por la letra *ele*, que es la primera que ha oido, la del artículo, y no por la letra del nombre. Esto lo hacen de diez, ocho municipales.

En Italia, basta que un extranjero abra la boca para que adivinen las gentes lo que quiere, y eso que los ingleses y alemanes pronuncian endiablada, perra y horrisonamente todo lo que no sea sus propios idiomas.

En España, sabido es que somos tan listos, que si un extranjero nos pregunta por el Congreso de los diputados le dirigimos hacia el Palacio Real, con tal de embromar á un pobre hombre.

Cualquiera diría que los parisienses beben los vientos, al verlos cuán ligeros andan por las calles, qué solícitos se muestran, cómo ardillean al servir. Pues, no señor, es una viveza ratonil que desaparece apenas se presenta la primera dificultad, y la primera dificultad se presenta siempre que quereis hacer las cosas fuera de la rutina consagrada.

En cambio de estos defectos, la limpieza es general, es costumbre la pulcritud. Falso ó verdadero, el adelanto artístico y científico es aplicado aquí inmediatamente á las necesidades de la vida; la civilización se sale de las abstracciones para traducirse en hechos. En los países eminentemente soñadores é idealistas como el nuestro, se conservan ciertas prendas de carácter que nos enaltecen, y cierto olvido de la realidad, que nos perjudica. En Francia, por el contrario, procuran por la vida *confortable*, por la comodidad, por el lujo al alcance de todos. Esto, unido á un sentimiento de patriotismo llevado á su último extremo, hacen y harán de la Francia una gran nación. El que viene y la vé comprende en qué estriba su fuerza y dónde reside su debilidad, llega á saber cuáles son sus dotes, y cuáles sus faltas.

Es equivocación general creer que los franceses son el pueblo ingenioso por excelencia, y que la Alemania es la que tiene más talento. ¡Error! Los alemanes no tienen más talento; lo que hacen es machacar sin descanso hasta llegar al objeto. El francés no es más ingenioso que los demás; lo que hace es ingeniárselas por todos los medios posibles, sacando fuerzas de flaqueza. Ahí está su pobrísima lengua, muy elaborada, cierto, desde la filosofía crítica y burlona del siglo pasado, pero que á causa de su misma pobreza ofrece innumerables juegos de palabras é ideas que inocentemente atribuimos al ingenio asombroso de los escritores franceses.

El pueblo francés es práctico, muy práctico: más puntos de relación tiene con los norte-americanos que con nosotros. Para que se vea cuán arbitrarias son las síntesis de la ciencia social que clasifica razas latinas y razas sajonas, barajando en una familia de pueblos, elementos heterogéneos.

¿Qué cuestiones preocupan ahora á los franceses? ¿La quijotesca idea de tomar una revancha pronta de los prusianos? ¿Acaso la forma de Gobierno? No lo penseis; estas cuestiones, si bien primor-

diales, hoy por hoy han pasado á ser secundarias

La Francia no se ocupa ni se preocupa más que en la Exposición de 1878, y en el descenso de la población.

Con la primera quiere ganar, y ganará de hecho, muchos millones. Con el descenso de la población ve que los pierde.

Para realizar las entradas que la Exposición universal promete, ¡hay que esperar dos años, ó ménos.

Para aumentar la población, cuyo descenso atribuyen los estadistas á las costumbres corrompidas, hay que esperar un poquito más. Sin embargo, sea porque la prensa pone el grito en el cielo y hace un llamamiento al patriotismo francés, sea por lo que sea, lo cierto es que se han dado casos aislados para poner un dique al mal, y yo creo que se generalizarán. La señora de un empleado de contribuciones, que habia adquirido la santa costumbre de dar á luz todos los años un servidor, más, ha dado este año dos; y la pobre mujer de un guarda campestre, tomando á pecho las desgracias de la patria, ha echado al mundo con toda felicidad un triunvirato.

Si el Gobierno francés diera una recompensa pecuniaria á todas las señoras fecundas, proponiendo á los maridos para la Legión de honor, el mal funesto que la Francia lamenta dejaría pronto de serlo.

La patriótica mujer del guardia campestre, digna competidora de las conejas sometidas á la vigilancia de su cónyuge, hubiera causado la admiración del gran Napoleon.

Sabida es la respuesta que dió el emperador á una pregunta pretenciosa de Mad. Staël. — Señor, ¿cuál es la mujer más grande á vuestros ojos? — La que dé más hijos á la Francia.

Si madama Staël hubiera tenido el talento de ser madre, como tenia el de escribir, podia haber replicado á Napoleon: — No seria yo la que criara hijos para que vuestra majestad los hiciera matar.

¡El gran Napoleon! Aquí está en su tumba de pódrido en el fondo de una rotonda monumental que alumbra poéticamente la azulada luz que se cierne por las altas vidrieras de San Luis de los Inválidos! ¡Descanse en paz el enemigo de la paz!

Aún no he visto la *goma* de París. Se conoce que está de veraneo, ó que se ha disuelto con las lluvias de estos dias. El gomoso es al limpio, lo que el fanático al religioso, lo que el charlatan al orador, la caricatura de una cosa buena.

Por estas calles no se observa el lujo que es de presumir, dada la importancia de la población. Más lujo, relativamente, hay en Madrid.

Fuera de los gomosos parisienses, apenas se encuentran por acá europeos con pretensiones en el vestir. Esta ridiculez se queda para algunos tipos de América, Asia y Africa; ciertos polletes empalagosos, oriundos de las repúblicas hispano-americanas; varios japoneses alambicados, y alguno que otro negro, abusando frenéticamente de los colores claros.

A pesar de lo mucho que se ha escrito en Francia contra los extravagantes, y de los esfuerzos hechos para convertir París en la última Expresion de lo moderno, aún circulan entre el público entes imposibles, desfigurados por la miseria, ó por aberracion ingénita. También hay restos de épocas pasadas; personas arqueológicas por la edad, por la moda, por las costumbres. Véanse, del mismo modo, séres risibles, mil veces más cómicos que los provincianos puestos en ridículo por la literatura amena; y es que jamás se logra borrar las huellas que el pasado próximo deja en las costumbres y en los edificios; en las instituciones y en las razas.

No se procede por saltos en ninguna modificación humana, y solamente se cambia á fuerza de transiciones suaves, insensibles. Cuando la humanidad se sale del carril en que la disposición general del universo la ha colocado, realizando una revolucion violenta, súbito acude la ley de las reacciones á encarrilarla, por aquello de que al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir; refrán que traigo á cuento, no para negar el progreso; lejos de mi tal sandez, sino para autorizar mis reflexiones.

Aunque la prensa cómica cuenta muchos periódicos aquí, raro es el diario de grandes dimensiones, político y formalote que no tenga sus rasgos ligeros, su seccion de broma, y hasta su estilo burlesco para tratar de asuntos determinados. Aún es París la ciudad de Rabelais y Voltaire.

París es inmenso; contemplado desde lo alto del arco de la Estrella no deja nada que desear como poblacion de primera magnitud. Con ser tan grande, empero, no tiene un sitio para que se reúnan en él los pequeños agiotistas, los apreciables caballeros que componen el *bolsin*, los cuales se van todas las noches á una esquina del boulevard de los Italianos á comprar y vender millones... de papel, estorbando el paso á todo el mundo, y siendo amonestados cada dos minutos por los polizontes. ¡Qué oportunidad, qué comodidad, y qué dignidad!

El magnífico Sena divide, como saben ustedes muy bien, la ciudad. En la parte de acá, el París nuevo, espacioso, activo, lujoso, de vida, de mo-

vimiento, de ruido. De la parte de allá, *au de las de l'eau*, el París clásico, histórico, de tranquilidad, de estudio, típico. Me agradan sobremanera las dos partes, y si me dieran á escoger me quedaba con las dos.

De la parte nueva eliminaria las bandadas de palomas que salen por la noche á picotear. Y en la parte vieja haria fumigaciones en el barrio de San German. Al pasar por él se nota un tufo á mohó y polilla que ofende las narices igual tarias. Las buenas gentes del barrio de San German sueñan todas las noches con que los estafermos almacenados en el Museo de Artillería van á ajustarse las relucientes armaduras, á blandir con el esforzado brazo de pelote el lanzon de madera, á espolear el alazan de carton pintado, y en compacto escuadron de cruzados salir por las calles de París, derribando á botes el sistema parlamentario de los borgueses, para implantar el santo y legítimo gobierno absoluto del Rey con el brazo aristocrático, y el brazo eclesiástico. Dejémoslos soñar.

II

No pude pasar por otro camino. Tuve que viajar de noche, contra mis gustos, saliendo de París para Burdeos, en compañía de unos franceses que sólo hablaban de política, asunto que en su boca me parece un negocio como otro cualquiera.

Los bonapartistas, lo mismo que los republicanos, blancos y negros, moderados y rojos, tienden á ganar mucho dinero para hacer de Francia la primer nacion del mundo.

Los dignos colegas que dejo enunciados respiraban por la misma herida. Hay que amontonar oro para preponderar. Esta es la síntesis de sus lucubraciones. Tan interesante era para mí la materia de la conversacion que me dormí profundamente, y no desperté bien hasta que el sol se me metió por los ojos. Envueltos en las sombras de la noche dejé á Choisy-le-Roi, Etampes, Orleans, Blois, Chambord, Tours, Poitiers y Angulema.

Digo que no desperté bien, porque á veces oia confusamente los nombres de estas estaciones pregonados por los mozos en los momentos de parada.

Poco á poco se fueron barajando en mi fantasía, hasta que al último de la jornada nocturna tuve un sueño disparatado, producido por recuerdos históricos. Soñé que el abad de Clovis tenia encerrada en la gruta merovingia á Diana de Poitiers, y que el duque de Angulema corria en su socorro, capitaneando cien mil hijos de San Luis. Juana de Arco que lo supo, ordenó en escuadron de batalla todas las estatuas ecuestres que tiene en Francia, que no son pocas, y al frente de ellas salió á atacar el ejército del duque, ejército que no

pudo resistir el duro empuje de tan extraordinario enemigo.

La victoria se decidió por Juana de Arco, y fué celebrada con una orgia en los dominios de Chambord, en la que tomaron parte, entre otros personajes, Rouget de l'Isle, Catalina de Médicis y Francisco I, quien al saber que Diana estaba muy á gusto bajo el poder del temible abad, cantó con la música del *Rigoletto* el célebre verso:

Souvent femme varie,

La luz del día disipó las embrolladas nieblas de mi cerebro.

Por la tarde llegué á Burdeos, en domingo; circunstancia que, unida á una inmensa bruma que pesaba sobre la ciudad, contribuyó á que ésta se me presentara bajo un triste aspecto.

Las tiendas cerradas, la gente en casa, la luz oculta, las calles desiertas, los términos borrados, el Garona pardo y cenagoso como las aguas del Tiber, el cielo plumizo, y el silencio por todas partes.

Llegar del París que yo dejaba al Burdeos de aquel día, era tanto como despues de una tempestad en el Océano oír un tiro de revólver. Como leer primero á Calderon y despues á Arnao. Como ponerse á jugar al florete despues de haber dado una carga de caballería. Como escuchar una marcha de Wagner con cuarenta tambores y luego un solo de flauta. Como contemplar la capilla sixtina de Miguel Angel y ver despues una acuarela al uso. Era tanto como pasar del todo á la nada, ó poco ménos que nada.

Comprendo que el barroquismo de estas comparaciones arrugará el sábio entrecejo de los académicos, sacerdotes de la diosa Parsimonia, deidad que tiene los piés de plomo y la cabeza llena de agua; pero no he podido prescindir de semejante estilo para expresar mis impresiones.

Sin pena abandoné Burdeos al rayar el día siguiente.

Atravesadas cuarenta leguas de Landas de interminables pinares, en que los árboles heridos depositan la resina en cacharros atados al tronco, el país comienza á hermostarse y sigue bello hasta Bayona.

Bayona, lucido pueblo que el Nive agracia y divide, es, sin embargo, antipático á todo buen español, por reaccionario, por oscurantista. La Francia, con tal extremidad, hace el efecto de esas mujeres guapas, que gastan las uñas negras.

El cielo piadoso les conceda lo que más les convenga; á la ciudad y á los enemigos de nuestras libertades, de nuestra paz, de nuestra propiedad.

Al comenzar las Landas, el tipo del aldeano francés se modifica en vasco. Las blancas cofias

de las mujeres, desde la monumental semejante en la forma á una grande langosta apuntada á la coronilla, hasta la que parece el gorro de un niño, se trasforman en el pañuelo coquetamente atado para que sólo cubra el moño. El sombrero hongo y la gorra de los hombres se convierte en boina. Aparecen las dos más características formas del individuo vasco. La cara triangular con ojos vivos y nariz larga, y la cabeza romana, ancha de quijada, sin esas protuberancias posterior y superior del cráneo, que la embrionaria ciencia frenológica llama los órganos de la filogenitura y de la veneracion.

ESPAÑA.

Al penetrar por la frontera, cuando el alma se abre al sentimiento de la pátria, un tanno amortiguado por el atraso en que se la encuentra, cuando el oído aspira á deleitarse con el armónico son de la lengua nacional, una jerga, una mescolanza, un guirigay de guipuzcoano y español, con gritos salvajes, y jamás interrumpida série de incultas interjecciones, viene á atormentarnos como á hombres, y á herir nuestro orgullo como españoles.

Sobre lo que ví y oí, desde Irun á Búrgos me callo, porque no tengo necesidad de pasar plaza de extranjero en España, y de tal se me tacharia si apuntara, sin recargarles con comentarios, las impresiones recibidas.

Lo que sí diré, porque siempre es agradable, es que la naturaleza toma un tono hermoso de luz y colores; que el cielo y la tierra se embellecen; que de súbito se halla uno trasportado á la region en que el sol, con más grados de fuerza, vivifica más bellas comarcas.

En España me esperaban muchos desengaños. No quiero hablar de ellos. Desengaños de amistad, no de amor, porque Filis me esperaba con los brazos abiertos, resignada y tierna. En ellos quiero descansar de las fatigas del viaje.

F. MOJA Y BOLIVAR.

CON MARIDO Y SIN MARIDO.

(IMITACION DEL FRANCÉS)

PERSONAGES.... { ARTURO.
{ MILAGROS.

Habitacion cerrada, con puerta al foro y en segundo término de la izquierda. A la derecha, en primer término, chimenea; en segundo, un balcon. Cerca de la chimenea, enfrente del público, un sofá. En el primer término de la izquierda, un retrato de hombre, en la pared. Un velador á cada lado de la puerta de entrada: sobre uno, un costurero; sobre el otro, avíos de escribir. Sillas, butacas, etc. Un edredon. Un cabás. Una lámpara encendida.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

ARTURO, en la puerta del foro, con la cabeza fuera, habla con una persona que no se vé. Tiene una maleta y manta de viaje.

Conforme! Conforme! No tocaré á nada. Qué? Que ha quitado Vd. las llaves de todos los muebles? Me alegro mucho.

(Cierra la puerta y se dirige al proscenio.) Gran mujer! Se ha dejado convencer por 20 duros, y me permite ocupar este cuarto durante veinticuatro horas. Vivir en mi casa! No; en la casa de otro... porque es otro el que hoy habita bajo este techo, testigo de mi juventud; el que hoy respira en este espacio, lleno de mi recuerdo, al que ha añadido ahí su retrato. Profanacion! (Vá á descolgarlo, y despues de subido en una silla, se detiene.) No! He prometido no tocar á nada: sólo con esta condicion hubiera accedido la portera á mis súplicas. Pobre vieja! En seguida me reconoció.—

Veamos, veamos si la Castellana se divisa como antes, á la luz de la luna, desde este balcon. Lo mismo que hace ocho años, cuando me asomé á él por última vez! No ha cambiado nada!... en tanto que yo llevo en el rostro y en el alma las huellas de cien tormentas que me han destrozado el corazon. ¡Qué feliz he sido en este cuartito! Pero no perdamos el tiempo y arreglemos los preliminares del objeto que me ha traído á mi antiguo nido. Aquí hay tintero y avíos de escribir: con un par de renglones evitaré..... (Se sienta y escribe.)

«... el amor... todo placer... buscarlo entre las... que allí está.» Perfectamente! Y quién vivirá aquí ahora? (Curioseando.) con un poco de perspicacia me será fácil adivinar...—Un cabás; un bordado sin concluir. Es indudable que esto pertenece á una mujer.—Y ese retrato? Este es el marido: más feo que Picio. Ella será preciosa.—Tendrán niños? (Ha vuelto á encaramarse en una silla para mirar el retrato, y así le sorprende Milagros al entrar.)

ESCENA II.

ARTURO.—MILAGROS.

- MIL. Ah! Un hombre aquí!...
- ART. (Esta será la inquilina.)
- MIL. No se mueva Vd., caballero, no se mueva usted. (Huyendo hácia la chimenea.)
- ART. Señora...
- MIL. Que no se mueva Vd!
- ART. Ya ve Vd. que parezco una estatua. (Sentándose en el respaldo de la silla, sobre cuyo asiento tiene los piés.)
- MIL. Quién es Vd.? Qué quiere Vd.?
- ART. Tranquílcese Vd., señora; no soy un malhechor.
- MIL. Entonces... Explíqueme Vd...
- ART. Por qué me encuentro en esta casa? Es muy sencillo. Hágame Vd. el favor de sentarse. (Bajando de la silla y ofreciéndosela.)
- MIL. Pero...
- ART. Se lo ruego á Vd. Es largo lo que tengo que contar.
- MIL. (Quién es este hombre? No parece un ladrón. En todo caso, puedo dar voces y acudirán los vecinos.) Ya estoy sentada: comience Vd., si gusta.
- ART. Al momento. (Qué le diré?) Yo soy fotógrafo.
- MIL. Muy señor mio.
- ART. He inventado un procedimiento que permite sacar instantáneamente vistas... instantáneas; y creyendo que Vd., interesándose por el arte, tendria la bondad de...
- MIL. No necesito ninguna fotografía.
- ART. No es eso: se trata de la Castellana.
- MIL. La Castellana?
- ART. Desde este balcon se domina á maravilla, y yo esperaba que Vd. me permitiera sacar una vista instantánea.
- MIL. ¡A la luz de la luna...? Si no es más que eso... pero dése Vd. prisa: sáquela Vd. pronto.
- ART. Canastos!

MIL. Qué le detiene á Vd...?

ART. (Lo ha creído!) Pero ahora...

MIL. Por qué no?... No es una cosa instantánea?

ART. Sí y nó: eso depende... (De qué depende rá?) el sol... la sombra... el mucho calor... el poco frío... Vd. comprende?

MIL. No, señor; ni pizca.

ART. Con que ni pizca? (Por qué le habré yo dicho...) Señora, yo no debo dejar de decir á Vd. toda la verdad: yo no soy fotógrafo.

MIL. Ah! (Poniéndose de un salto detrás del sofá.)

ART. (Y, sin embargo, cómo le digo á lo que he venido?) Yo, señora, soy primo del dueño de esta casa.

MIL. Sí? (Volviendo á sentarse.)

ART. Sí: esta es la verdad... verdadera. Mi sobrino, quiero decir, mi tío; digo, nó, mi primo, desea vender la casa, y me ha encargado que hable en su nombre con su esposo de Vd.

MIL. Mi marido está ausente.

ART. Le esperaré.

MIL. Es posible que tarde algunos años en volver.

ART. Es igual: le esperaré.

MIL. (Este hombre es un loco.) (Poniéndose de pie.)

ART. Por favor, señora. no se levante Vd.! Yo voy á contarle á Vd. todo.

MIL. De nuevo?

ART. Quiero que sepa Vd. la verdad... verdadera.

MIL. Pero es que ya son tres con esta las veces que Vd. ha prometido decirme esa verdad... verdadera.

ART. Cuando Vd. la sepa, señora, comprenderá Vd. por qué he vacilado en decirsela.

MIL. No, yo no exijo...

ART. Sí; Vd. tiene derecho á exigir; Vd. me ha encontrado en su casa; Vd. no me conoce; Vd. debe enterarse de mi historia. La contaré en pocas palabras.

MIL. (Qué diablo de hombre!)

ART. Ante todo, ahí va mi tarjeta.

MIL. "Arturo de Guzman, primer flauta del teatro Imperial de Montevideo." Es usted artista?

ART. Por casualidad; por pura casualidad. Mi padre era escribano, y tenía un hermano que había sido fiel de fechos. Todavía me daban la papilla cuando decidieron que yo sería notario. Crea Vd. que no tengo repugnancia instintiva al notariado; pero suponga Vd. que desde que eché el primer diente, no he cesado de oír: "¡tú se-

rás notario! ¡tú serás notario!..." y dígame Vd. á qué grado de desesperacion puede esto conducir. En uno de esos momentos desesperados, me escapé de la casa paterna y me vine á Madrid... donde comencé á tocar la flauta.

MIL. ¡Bonito instrumento!

ART. Algunos años despues salí del Conservatorio con un primer premio. En una reunion, donde tocaba con frecuencia, encontré á una jóven pianista, hermosa como un ángel, y con una caída de ojos... ¡Oh! aquellos ojos, cuando su propietaria los entornaba, se llevaban por delante medio mundo. Me enamoré hasta los tuétanos, y una noche, despues de acompañarme ella al piano...

MIL. Adelante.

ART. Yo la acompañé á su casa, porque casualmente había ido sola á la reunion. Pero ahora caigo en que no puedo continuar sin peligro de que Vd. sospeche que estoy inventando un cuento.

MIL. ¡Adelante! ¡adelante!

ART. *Amen.* La acompañé á su casa... y esta es la hora en que no he vuelto á la que yo habitaba. ¡Ah! ¡qué recuerdo! Han pasado nueve años, y todavía veo aquella escena con sus menores detalles. Corina—se llamaba Corina como algunas perras—ocupaba este cuarto. Entró: yo me quedé en la puerta conmovido, trémulo... Me miró: se me cayó el sombrero: lo recogí... lo dejé sobre una silla, que estaba aquí... en lugar de este velador. (Pone una silla donde hay uno de los veladores, y el velador donde estaba la silla.)

MIL. Pero, caballero...

ART. Quiero que vea Vd. la escena tal como pasó. Aquí había un sillón: vamos á ponerlo.

MIL. Pero...

ART. No se impaciente Vd.; es preciso que se dé Vd. cuenta exacta del caso; que se haga Vd. la ilusion de que está presenciando...

MIL. Bonito papel!... ¿Qué me importa á mí todo eso?

ART. Ah!... ¿No le importa á Vd...? ¿Luego Vd. es de las personas que no comprenden el culto de los recuerdos? Oh! Vd. no comprende que todo me habla aquí de ella; que he dejado aquí una parte de mi vida, un eco de mis alegrías, de mis sufrimientos, de mi amor!... Y cuando yo vengo á despertar ese eco, á evocar esa

parte de mi vida pasada, á sumergirme en mis recuerdos, Vd. me interrumpe diciendo que todo ello no le importa nada!... Hace Vd. mal, señora, hace Vd. muy mal.

MIL. Pero, caballero, tranquilícese Vd...

ART. Vd. me arroja; se me arroja de mi casa.

MIL. Yo no arrojo á Vd... y sin embargo, Vd. convendrá en que ha debido sorprenderme el encontrarle aquí.

ART. Sí; Vd. vé que su vivienda está ocupada; pero Vd. no vé que mi dinero me ha costado,

MIL. Su dinero?

ART. Cabal! La portera me ha entregado las llaves por 24 horas, mediante retribucion anticipada de 400 reales que necesitaba para casar á su nieta.

MIL. Con que la portera se permite esos enjuagues?

ART. Es que me conoce á fondo esa portera. Es que durante un año ha limpiado mi ropa esa portera; estas cosas no se olvidan. Por eso me ha bastado enseñarle un billete de Banco para vencer sus escrúpulos.

MIL. Tenia escrúpulos?... Pobrecita!

ART. Ya he dicho á Vd. que necesitaba el dinero para la boda de su nieta. Tendrá Vd. el valor de hacerle perder los 400 reales?... No me contesta Vd.? Comprendo; comprendo, y me retiro con el alma angustiada.

MIL. (Parece que efectivamente se entristece.)

ART. No insisto más; pero conste, que de un golpe ha destruido Vd. dos felicidades: la de la nieta de la portera y la mia.

MIL. Ah! si yo pudiera creer...

ART. Ya encontrará Vd. un papelito: yo, por este balcon...

MIL. Caballero! caballero!

ART. Hasta el valle de Josafat.

MIL. Escúcheme Vd!...

ART. (Volviendo.) Voy á permitirme una reflexion antes de emprender el viaje. Señora: es triste ver que una mujer joven, hermosa... —Vd. es muy hermosa,—no comprende nada de la santa poesía del amor, y cierra á un desgraciado la puerta del Paraíso, que una patrona vulgar no ha tenido inconveniente en entreabrir.

MIL. Si solo se trata de dejarla entreabierta...

ART. Por veintitres horas: eran veinticuatro, y ya ha pasado una.

MIL. Vamos! Me hace Vd. reir, y el que se rie está desarmado. Para demostrar á Vd.

que no soy tan prosaica como parece que supone, respetaré el trato inverosímil que ha hecho Vd. con la portera.

ART. Oh! señora...

MIL. Es más; siento haber venido á turbar la tranquilidad de Vd.; pero al llegar á la estacion del Mediodía para irme á Aranjuez en el correo de Alicante, noté que habia olvidado mi cabás, y he vuelto en su busca, porque puedo realizar mi viaje en el tren correo de Andalucía, que sale hora y media despues que el de Alicante.

ART. El cabás será este?

MIL. Muchas gracias. Con que dejó á Vd. dueño de mi cuarto, y se hará la boda de la nieta de mi portera.

ART. Pero, qué?... se va Vd. tan pronto?

MIL. Eh?

ART. No quisiera que Vd. formase mal concepto de mí.

MIL. De veras?

ART. Y Vd. lo ha formado; Vd. me juzga mal. Oh! si Vd. conociera mi historia!

MIL. Me parece que ya la conozco un poco.

ART. No sabe Vd. nada en comparacion de lo que me queda por decir. Hágame Vd. el favor de volverse á sentar.

MIL. Vamos! Vamos!

ART. Por favor! Seré muy breve.

MIL. (Decididamente, este hombre no se parece á ninguno.) (Se sienta.)

ART. Como ya he dicho, Corina me habia inspirado una pasion devoradora. La amaba hasta la locura. Ya hacia los preparativos para casarme con ella, cuando... Permítame Vd...

MIL. Qué va Vd. á hacer?

ART. Arreglar la escena. Tenga Vd. en cuenta que estamos en lo que antes era el dormitorio. Aquí...

MIL. No entre Vd.! Esa es mi alcoba.

ART. Antes era la sala. Aquí estaba el sofá. (Variando la colocacion de los muebles.)

MIL. Pero va Vd. á revolverlo todo?

ART. Lo ménos posible, señora: sólo aspiro á que Vd. forme idea de cómo estaba la casa. Quedamos en que el sofá lo teníamos aquí. Entré una tarde, y qué dirá usted que ví? Ví á un hombre á los piés de Corina!

MIL. A un hombre!

ART. Era un periodista inglés, manco, á quien ella enseñaba la solfa.

MIL. Y Vd. no habia sospechado...

ART. Nada, señora, nada. Corina me habia dicho que aquel individuo tocaba el piano

con la mano izquierda para consolarse de no poder escribir con la derecha.

MIL. Y qué hizo Vd.?

ART. Qué había de hacer? Liar el patate y tomar el tole.

MIL. Obró Vd. cuerdamente.

ART. Oh, Corina, Corina! No en vano tenias nombre de perra! Abandoné á mi indigna compañera y me fui á América con mi flauta, única amiga que nunca me ha engañado. Durante varios años he sido el idolo del Nuevo Mundo. Aquel es un gran país.

MIL. Allí está mi marido.

ART. Ese caballero? Comprendo que no le haya seguido Vd.

MIL. Se fué de improviso á los dos meses de habernos casado.

ART. ¡No tiene perdon de Dios!—(Y ahora recuerdo que aquí había una mesa.) (Desaparece por la puerta lateral.)

MIL. ¡Oh! Yo no me quejo: dijo que era inevitable aquel viaje; que no podia aplazarle... Pero, caballero, ¿por dónde anda usted...?

ART. Aquí, señora. (Asomando la cabeza.) Siga usted, siga Vd.: estoy escuchando. (Desaparece.)

MIL. ¡En mi alcoba!—Caballero... caballero...

ART. Allá voy. (Aparece con una mesita.) Si quisiera Vd, echar una mano...

MIL. ¿Qué intenta Vd.? (Sacan la mesa.)

ART. Vivir de mis recuerdos. Yo estaba acostumbrado á ver aquí una mesa, día por día, durante todo un año.—Pero ruego á Vd. que continúe. Decía Vd...

MIL. Que mi marido me abandonó á los dos meses de casarnos.

ART. Comprendo que ese hombre convirtiera en sala la alcoba, y la alcoba en sala. Lo uno y lo otro revela carencia absoluta de instintos artísticos, de amor á lo bello.

MIL. Hágame Vd. el favor de no faltarle.

ART. Perdone Vd.; pero yo he pasado aquí todo un año—¡y qué año!—y he podido estudiar la distribución más conveniente del cuarto.—¿A que no me niega Vd. que este costurero está mucho mejor aquí, junto al balcon? (Trasladándolo.)

MIL. Pero Vd. es el génio de los desarreglos.

ART. Al contrario: yo deseo arreglar esta casa.—¡Ah! ¡Corina! ¡Corina!...

MIL. Pues me parece...

ART. Ya comienza esto á tener otro aspecto; pero todavía no es alcoba. Falta el mueble principal.

MIL. ¡Oh! no: ruego á Vd. que no le toque.

ART. Obedezco...—Aunque es sensible que esta pieza no recobre su antigua fisonomía. ¡Es tan dulce vivir en lo pasado! ¿No piensa Vd. lo mismo?

MIL. Lo que yo pienso es que si me descuido, ni en el tren correo de Andalucía podré salir para Aranjuez, don le me esperan unos parientes.

ART. Me abandona Vd.!

MIL. Tendría Vd. valor para suponer...

ART. Nada! nada! señora. Desgraciadamente es Vd. libre; puede Vd. hacer lo que guste.

MIL. Le recomiendo á Vd. mis muebles.

ART. Pierda Vd. cuidado.

MIL. Señor de Guzman... (Saludando.)

ART. Feliz viaje. Deseo que no descarrile Vd.

ESCENA III.

ARTURO.

Es muy guapa esta señora; pero muy guapa. En cambio, el marido...—Y lo más gracioso es que yo he visto la cara de ese espantajo no sé dónde. Bah! Qué me importa?—Aquí está la carta consabida. Es lo único que hasta ahora he hecho de lo que me proponia al volver á esta casa. Y toda la culpa es de esa jóven. Y que es guapa; pero muy guapa!... Lástima que tenga el cuarto tan mal arreglado! No logro convencerme de que aquí estoy aquí. Bien sé por qué; yo necesito colocar la cama donde estaba: voy por ella. No! he prometido no tocarla; pero no he prometido no hacerme otra. Ya tengo almohada (Poniendo el edredon sobre el sofá.) la dulce almohada!... Ahora la colcha. (Quitando á la manta de viaje las correas.) Me parece que comienzo á vivir en el pasado. Sí; aquí estuvo el lecho... donde reposé tantas veces!... aquí dormiré mi última noche.—A estas horas cenábamos; aquí cenaré. Yo solia poner la mesa mientras ella...—El mantel (Va sacando de la maleta.), su cubierto: el mio: su copa; la mia. El Valdepeñas. Una empanada de perdiz. Una torta de las que le gustaban tanto... cómo le gustaban las tortas! Ahí se sentaba ella en su butaca (Poniendo una butaca;) yo aquí, en frente de ella. Oh! recuerdos, recuerdos! Ah! Corina, Corina!...—Eh?... quién anda ahí?

ESCENA IV.

MILAGROS, ARTURO.

ART. Usted, señora!

MIL. Sí, señor; yo, gracias á Vd. He oido las nueve en el reloj del ministerio de la Guerra, y á las nueve en punto sale el tren correo de Andalucía. No puedo ya ir á Aranjuez esta noche, y me vuelvo á mi casa.

ART. De modo que aquí sobro yo.

MIL. Calcule Vd.: pero qué es esto?

ART. Ya lo vé Vd.: mi cama, mi cena. Supongo que Vd. habrá cenado.

MIL. Pues supone Vd. mal: iba á cenar con mis parientes.

ART. Es decir, que mientras Vd. está en Madrid, su cena está en Aranjuez. Si usted me hiciera el obsequio de aceptar la mitad de la mia...

MIL. Gracias. Y ha puesto Vd. dos cubiertos? Hola! Hola!

ART. No se engolfe Vd. en sospechas de cierto género. Esos dos cubiertos dicen que recordaba mi pasado. Ya sabe Vd. que éramos dos.

MIL. Ah! sí: Vd. y la pianista.

ART. Con que anímese Vd. Déjese de melindres y haga Vd. cuenta de que está en su casa.

MIL. No lo parece, verdad?

ART. Y le advierto á Vd. que tengo hambre canina y no tomaré ni un bocado si usted no honra mi modesta colacion.

MIL. No hay más que hablar: cenaremos juntos.

ART. Gracias, señora. Un poco de perdiz.

MIL. (Indudablemente este hombre no se parece á ninguno.)

ART. Usted dirá que bien podia yo haber buscado otra pareja.

MIL. Yo no digo nada.

ART. Pero lo piensa Vd.—Usted lo piensa, y yo debo contestar que no soy de esos hombres que admiten por pareja á cualquier desconocida. No, señora: la felicidad sólo puede existir con una base sólida, y la base sólida de las parejas es el matrimonio.

MIL. Y por qué no se casa Vd.?...?

ART. Con quién?

MIL. Qué sé yo? Alguna encontrará.

ART. No creo en esos encuentros que sólo pasan en el teatro. Allí, por ejemplo, basta con poner en contacto á un artista con una viuda jóven. Cuando se han visto?

Nunca.—Qué interés les acerca? Ninguno.—Qué les obliga á casarse? Nada. Pero la comedia no tiene más que dos personajes, y es preciso que acabe con la boda de la viuda y el artista. Por lo pronto, en el mundo ya no hay viudas jóvenes.

MIL. Já! já!... Vd. cree... Y por qué?

ART. Porque los hombres las codician; porque son el ideal de todos. Porque el matrimonio es una prueba en que una doncella se mete á ciegas, sin saber á dónde vá, y es fácil que llegue á arrepentirse de aquel paso... y tras el arrepentimiento dé otros pasos por los cuales no pasa ningun marido; en tanto que una viudita ya sabe á dónde va, y al celebrar segundo matrimonio demuestra que le gusta la institucion. Ahí tiene Vd. por qué son tan codiciadas las viudas, y por qué no se encuentran viudas.

MIL. Y los viudos?

ART. No me hable Vd. de ellos! No escasean; pero los que vuelven á casarse, lo hacen con la intencion de un toro. Les trató á la baqueta la primera mujer, y toman su revancha tratando ellos de igual modo á la segunda. No se case Vd. con un viudo, señora!

MIL. Pero si yo soy casada.

ART. Es verdad. Con qué placer lo habia olvidado!—Quiere Vd. torta?

MIL. Gracias; ya no tengo gana.

ART. No insisto: sé por experiencia que las tortas no son un alimento sano.

MIL. Qué me cuenta Vd.?

ART. Prueba al canto. Y justamente se trata de un viudo; de un horrible viudo que conocí en América. Figúrese Vd. que un dia nuestro hombre, despues de comer y beber más de lo ordinario,—y lo ordinario en él era comer y beber extraordinariamente,—tuvo el antojo de pedir tortas recién sacadas del horno, y apostó que se comeria treinta sin descansar.

MIL. ¡Treinta tortas!

ART. Se cruzó el dinero, se sacaron las tortas, comenzó la operacion, y aquél imbécil, al llegar á la 29, reventó en brazos de su sultana favorita.

MIL. ¿Era turco?

ART. No, señora; pero merecia serlo. ¡Estúpido! No hubiera él apreciado las dulzuras de una cena sin testigos... lejos de importunos... lejos de miradas curiosas...—En esta tranquila intimidad, en esta expansion deliciosa en que las almas

se aproximan, las miradas se buscan, y si una mano abandonada no rechaza nuestra mano, puede uno llenarla de besos.

MIL. ¡Señor de Guzman!... ¿qué es lo que hace usted? (Retirando la mano).

ART. No tema Vd. nada, señora; no es su mano la que yo beso... ¡Oh! no: es un recuerdo... ¡un recuerdo de lo pasado!

MIL. Permítame Vd. que le diga...

ART. Cerca de Vd. me hago la ilusión de que estoy al lado de la que llevo en el alma.

MIL. Pues suprima Vd. el hacerse ilusiones.

ART. Joven, hermosa, y con esa dulcísima sonrisa... ¡qué bien personifica Vd. á la que yo espero siempre!

MIL. ¿A la Corina de márras?

ART. ¡No, no!—A otra.

MIL. ¡Ya! ¿Con que hay otra?

ART. ¡Ojalá!—No me comprende Vd.—Há ya muchos años que Corina me hizo aquella jugarreta. ¿Cómo he de esperarla? No es ella la que yo evoco: ¡no! Yo evoco un sueño. Yo evoco el recuerdo de aquél pasado que iluminaba mi juventud. Yo evoco el amor que debí encontrar en Corina, suave, purísimo, infinito, como es el amor verdadero que siento en mi alma, y como no lo he encontrado jamás.—Toma, ¡pichoncita, toma esto de mi plato...

MIL. ¡Me tutea! (El la abraza.)

ART. Tómalo en cambio de un abrazo.

MIL. Caballero!

ART. Huyuyui!... Bendita seas, cielo, chiquirritin bonito de mis ojos!

MIL. Ya basta, y acabaré por enojarme. (La verdad es que este hombre no se parece á ninguno.)

ART. Cruel! cruel! cruel! Ni siquiera me permité que recuerde mi pasada felicidad!...

MIL. Era para abrazar para lo que había usted venido aquí?

ART. Quiere Vd. saberlo? Lea Vd ese papel: él dará la contestación.

MIL. A ver, á ver. (Arturo le dá el papel en que escribió en la primera escena: abre los brazos para abrazarla otra vez, y ella le contiene.)—¡Quieto! (Leyendo.) "No es mentira el amor, fuente de todo placér; pero hay que buscarlo entre las sombras de la muerte, porque allí está. Allá voy yo en su busca.—Es decir, que Vd. ha entrado en mi cuarto..."

ART. Para vivir unas cuantas horas con mis recuerdos, y echarme despues por ese balcon.

MIL. Está Vd. loco rematado?

ART. No, señora, no. Yo sé lo que me hago.

Medito mucho antes de tomar una resolución, y cuando me decido...

MIL. Y por quéno se decide Vd. ahora á vivir?

ART. Casi casi lo deseo: Vd. ha trastornado mis planes de tal modo, que hasta he olvidado que tengo pendiente una visita.

MIL. Mala hora es para visitas.

ART. Todas las horas son buenas para cumplir un deber, y yo tengo el deber de entregar varios papeles á una señora. Me retiro; pero quede Vd. convencida de que su recuerdo...

MIL. Sí; ya sé que es Vd. muy dado á los recuerdos. (Arturo vuelve desde la puerta.)

ART. Ah! Una súplica. La última! Ruego á Vd. que convierta esta sala en alcoba y la alcoba en sala. Será una prueba de que el buen gusto de Vd. no vale menos que esa cara angelical, que me atortola. A los piés de Vd.

ESCENA V

MILAGROS.

Hay locura más original?... Pobre joven? Bien se vé que todo es corazon y que merecia una mujer menos voluble que la pianista. Tengo la seguridad de que tratándole será imposible no quererle. Guapo, elegante, cariñoso... —Ja! Ja! Ja! Pues no parezco una soltera que empieza á enamorarse?... —No le extraña á Vd., señor marido, (Encarándose con el retrato.) ver tan alegre á su mujer, despues de tanto tiempo de continua tristeza?... Ay! A Vd. no le importa nada que yo esté alegre ó triste.—Confiese Vd. que fué una felonía abandonar á una pobre joven que sólo ambicionaba ser una buena esposa. Yo debia haber arrinconado ya á Vd. en una oardilla.

ESCENA VI

ARTURO; MILAGROS

ART. (En la puerta.) Señora! Señora!

MIL. Ay!... Buen susto me ha dado Vd.!...

ART. Lo siento. Tiene Vd. la bondad de decirme quién es doña Milagros Cabañas?

MIL. Pero cómo ha vuelto Vd. á entrar?

ART. Es que distraido me llevé la llave...

MIL. Venga. (Arturo avanza.)

ART. Allá vá. Pero quiere Vd. decirme quién es doña Milagros Cabañas?

MIL. Yo soy, no lo sabía Vd?

ART. Vd!... Vd!... No lo sabía; no; no lo sabía. Ay! Qué gusto!

MIL. Explíqueme Vd...

ART. Ya indiqué á Vd. que me había olvidado de hacer una visita. Pues era para usted: sólo que yo debía buscarla en la calle de Hermosilla, 4, segundo, derecha.

MIL. Allí he vivido algunos años.

ART. Al bajar le he dicho á la portera á donde iba, me ha asegurado que vive Vd. aquí... Oh! Si Vd. supiera....!

MIL. Es algo agradable?

ART. Ya lo creo! ya lo creo...! digo, no; no es precisamente...—Es algo serio. Recuerda Vd. que le he hablado de un viudo?

MIL. Del de las tortas?

ART. Cabal: del turco. Pues bien: era un viudo que no era viudo. Esto se supo despues de comerse la torta núm. 29. Registrando sus papeles se descubrió que...

MIL. Qué se descubrió?

ART. A eso voy. Pero antes... Vd. sabe ya que no cejo en mis decisiones?

MIL. Vd. lo ha dicho.

ART. Vd. sabe que tengo decidido arrojarme por ese balcon?

MIL. V. no lo hará.

ART. Que no?—Espresiones á la familia.

MIL. Señor de Guzman!..

ART. Solo Vd. puede evitar que yo perezca prematuramente, convertido en una tortilla.

MIL. Sí; dando voces, acudirán los vecinos.

ART. No, no se trata de eso. Yo me resignaré á vivir si Vd. me asegura que, á ser viuda ó soltera, se casaría conmigo.

MIL. Se le ocurren á V. unas cosas...

ART. Sí ó no, como Cristo nos enseña. Tómese Vd. tiempo para pensarlo, y contésteme Vd.—Le doy de plazo medio minuto.

MIL. No es poco.

ART. (Con el reloj en la mano) Ti ti ti-ti-ti. Ya pasó: escribiré á Vd, en llegando. (Se dirige al balcon).

MIL. No se tire Vd.

ART. Soy inflexible en mis decisiones!

MIL. No, no!.. Yo me casaría con Vd. ¡si fuese soltera.

ART. Gran Dios!

MIL. Yo me casaría con Vd. si fuese viuda.

ART. Oh!...

MIL. Pero que tiene esto que ver con el de las tortas?

ART. Con el turco? Registrando sus papeles se descubrió que había dejado á su mujer en Madrid... y como yo preparaba mi re-

greso, se me encargó... Aquí tiene usted: esos pliegos son suyos. (Es hechicera, hechicera, hechicera). Crea Vd., Milagros, que yo bendigo...

MIL. Ah!... ha muerto!...

ART. Hace medio año que es Vd. viuda. Se volverá Vd. atrás en lo que me ha ofrecido?... (Pausa.)

MIL. No!... Pero si yo negase luto, llanto y oraciones al difunto, no me creeria digna del cariño de Vd. (Dándole la mano, que él besa)

ART. Yo sabré esperar, pensando en la ventura que ha de hacerme el más dichoso de los mortales.

PEDRO MARÍA BARRERA.

MISCELANEA

LAS FLORES,

SU UTILIDAD EN LA MEDICINA Y EN LAS ARTES INDUSTRIALES.

De todas las partes de las plantas empleadas en la medicina ó en las artes industriales, los órganos florales son los que aparecen de ménos importancia; con todo eso, en muchos casos constituyen objetos de mucho más valor comercial del que es natural suponer. Dejando á un lado enteramente el inmenso número de flores cultivadas para venderse en las ciudades populosas exclusivamente como objetos de adorno, todavía queda número grande que entra en el comercio en cantidades más ó ménos respetables para varios otros y más prácticos usos. Entre tales productos pueden mencionarse, por ejemplo, el alazor, azafran, manzanilla, rosas, violetas é infinidad de otras de menor importancia.

El alazor (*carthamus tinctorium*), de cuyos coloridos pétalos se extrae la cartamina, que tanto se usa para teñir, viene del Mediodía de Europa, de la India y de la China. Donde más se consume este producto tintóreo es en Lyons, de Francia, para teñir las sedas. Las salseras ó platillos rojos de loza que se ven en algunas tiendas, se confectonan con un baño delgado de cartamina, y del mismo producto sale el rojo vegetal del comercio.

El azafran (*Crocus sativa*), aunque crece en muchos países, se cultiva para la exportacion en grande escala tanto en Francia como en España. Lo que se conoce en el comercio como azafran son meramente los estigmas de las flores. Lo ménos 30 000 flores se necesitan para producir dos libras de estigmas, que una vez secos reducen el peso

á un quinto. Asegura Pereira que de nueve flores se saca un gramo de peso del azafran que vemos en el comercio, y de unas 4.420 flores se produce una onza. Otros escritores afirman, que no se necesitan ménos de 107.520 para extraer una libra de esa sustancia, sosteniendo otras personas competentes que se requieren 200.000 flores. El azafran se emplea en la medicina. Es natural de Grecia y del Asia Menor, aunque se cultiva en grandes cantidades en Egipto, en Persia y en Cachemira, de donde se embarca á la India. Mucha de esa droga que se obtiene aquí viene de Gibraltar empaquetada en lata. Tambien se trae de Trieste y de otros puertos del Mediterráneo. El producto español es el que se considera superior á todos los otros.

Las rosas se emplean en la perfumería y en la medicina, cultivándose extensamente en Shiraz, del reino de Persia; en Ghazepore, de la India inglesa; en Adrianópolis, de la Turquía europea, y en Broussa y Uslak, de la Turquía asiática. Donde se cultivan las más fragantes rosas, es principalmente entre los habitantes cristianos de las vertientes de los Balkan, entre Selimno y Carloya, hasta Filipópolis, de Bulgaria ó más bien Rumelia, como á 200 millas al Noroeste de Constantinopla. El paraíso de las rosas puede decirse que está ó estaba en Kezanlik, hasta la época de la última invasión rusa. En las buenas estaciones este distrito cosecha 75.000 onzas; pero en las malas esa cifra baja hasta 30.000 y 20.000 onzas de esencia. Tambien se cultivan las rosas en varias partes de Inglaterra para hacer agua de ese nombre.

Se calcula que para extraer un dracma de la esencia se necesitan 2.000 rosas, ó 3.000 libras de pétalos para obtener una onza. La especie de rosa que más se cultiva por su aceite es la de Provenza ó cien hojas (*rosa centifolia*), aunque la de perfume más fuerte y suave, se le llama de Alejandría. La que se usa principalmente para medicina es la rosa francesa ó gálica.

Sin deternos en pormenores acerca del cultivo de todas las otras flores que se emplean en la perfumería, podemos decir, en prueba de la importancia de este arte, que uno de los perfumeros de Grasse y París consume él solo anualmente 80.000 libras de azahares, 60.000 idem de flores de casía, 54.000 idem de hojas de rosas, 32.000 idem de violetas, 20.000 idem de tuberosas, 16.000 idem de lilas, fuera de una inmensa cantidad de las partes más fragantes de otras plantas.

El espliego, planta perenne, sumamente aromática, se cultiva mucho en Mitcham, condado de Surrey, en Inglaterra, y en varias partes al Mediodía de España, aunque aquel es su asiento de producción, bajo el punto de vista comercial. Asímis-

mo inmensas cantidades se producen en Francia; pero el aroma superior del producto inglés hace que obtenga cuatro veces más precio en el mercado. Las flores se usan tanto para la medicina como para la perfumería. Cincuenta libras de buenas flores producen de 14 á 16 onzas de aceite esencial.

Las flores del sauco comun americano (*sambucus canadensis*) y sus especies afines europeas (*S. nigra*) se usan en la medicina y en la perfumería, para esta última destilándose para formar el agua de sauco.

Los clavos del comercio son los botones de la flor no abierta del *Caryophyllus aromaticus*, árbol originario de las Molucas y de otras islas de los mares de la China. La cosecha anual de cada árbol, por término medio, segun Burnett, es de 2 á 2 1/2 libras; pero uno lozano se sabe que ha producido 125 en una sola estación; y como 5.000 botones pesan una libra solamente, es claro que al ménos 625.000 flores han brotado en ese sólo árbol.

Para el aprovechamiento de sus flores, las cuales, en la forma de polvo, se conocen en el comercio bajo el nombre de "polvos de insectos pérsicos," se cultivan en Europa varias especies de pyrethrum, *P. roseum* y *P. carneum*. La piretra que viene del Cáucaso se considera la mejor. Las propiedades insecticidas de este polvo lo ha dado una gran importancia como artículo de comercio. Anualmente se consumen en Rusia más de quinientas toneladas.

La manzanilla (*Anthemis nobilis*) es natural de Europa y crece silvestre en toda la zona templada del continente, cultivándose extensamente para el aprovechamiento de sus flores. Encuéntranse de venta en todas las boticas de este país y las traen de Inglaterra y de Alemania. Del último país nombrado tambien se exporta en grandes cantidades, la variedad conocida como manzanilla alemana (*Matricaria camomilla*), que es la que más consume la población de esa procedencia en los Estados Unidos.

Para teñir de amarillo se hace uso de las flores amarillas de la escoba del tintorero, *Genista tinctoria*, ó resedan, *Reseda luteola*. Tanto estas como la simiente se usan en la medicina. La planta crece silvestre en Europa y suele cultivarse en este país.

Los pétalos del *Hibiscus rosasinensis* se emplean para tintes en Oriente. Con estrujarlos se tornan negros ó púrpura, de tan intenso color el primero, que sirve para ennegrecer las botas, por lo que suelen llamar la planta limpia botas. Tambien se usan las flores para dar color á los licores y muy á menudo para teñirse el cabello las mujeres. El nombre vulgar de dicha planta es malva-bisco. Las flores de otras del género malva, se

usan en la medicina por sus propiedades emolientes. Las de otra familia *Abutilon esculentus*, las cocinan en el Brasil en clase de alimento.

Pequeño es el número de las flores que se usan para el último propósito mencionado; pero entre ellas pueden citarse las de la alcachofa (*Cynara scolymus*), que proporcionan un plato muy apreciado cuando no se han desarrollado. En Palestina abunda un cardo (*Gondelia Toumefortii*), semejante á la anterior, cuyas no desarrolladas flores se traen á los mercados de Jerusalem, y como verduras son muy apreciables. Forman asimismo un artículo de alimento verdaderamente importante en muchas partes de la India las flores de un árbol sapóteo *Bassia litifolia* ó basia. Produce multitud de flores y son muy suculentas, por lo que se comen crudas. También las secan al sol y las venden en los bazares, cediendo un sólo árbol 200 y 400 libras de flores. Las de otra especie (*B. longifolia*) las aprovechan de una manera semejante los naturales de Mysore y Malabar, quienes bien las secan, bien las tuestan, ó las machacan hasta convertirlas en una jalea, que en la forma de píldoras sirven para cambiar por otros alimentos.

Las flores no desarrolladas de la alcaparra (*Capparis spinosa*, arbusto ramoso y rastrero del Mediodía de Europa, constituye el condimento de su nombre cuando se encurten con vinagre. Fue conocido de los antiguos griegos y la famosa Trine, en la primera época de su residencia en Atenas, vendía alcaparras. Los botones florales del *Zygophyllum fabago*, originario del Cabo de Buena Esperanza, son buenos sustitutos de las alcaparras. La pimienta larga (*Chavica roxburghii*), que en compuestos químicos y propiedades se parece á la pimienta negra, y se usa en los mismos propósitos, consiste de espigas de flores fuera de sazón que se colectan y secan al sol.

El berrnífugo tan apreciado en Abisinia, llamado *Kooso*, y que se usa para los mismos propósitos así en Europa como en América, consiste de las flores de la brayera *anthelmintica*, árbol perteneciente á la familia de las rosáceas, que crece hasta 20 piés de alto en la mesa de Abisinia á 6.000 y 7.000 sobre el nivel del mar. También se usa mucho como antelmíntico el *semen contra*, ó flores no desarrolladas de una planta (*Artemisia Judaica* ó *A. glomerata*), que crece en Palestina y Arabia. De éstas se extrae el principio *santonino* que se encuentra en las boticas.

El bien conocido remedio casero, árnica, procede de las flores de una planta compuesta *Arnica montana*, indígena de los distritos montañosos de Europa y Siberia. La raíz, hojas y flores son oficinales. Es de uso tan general que resulta ser ar-

tículo de considerable comercial importancia.

Entre otras muchas flores, que se cosechan y venden en cantidades varias por sus propiedades medicinales, son de mencionarse la maravilla (*Calendula officinalis*) ó flor de muerte del vulgo, que antiguamente se tenia por un remedio de primer orden y que hoy se aplica generalmente para adulterar el azafran: la centáurea europea (*Erythraea centaureum*), adormidera, (*Papaver rhoeas*), romero, gordolobo, lirio, alelí, cornejo (*Cornus florida*) y la violeta azul (*Viola cucullata*).

En Suiza y Alemania, las flores del tilo (*Tilia europea*) se considera como remedio eficaz para el dolor de cabeza. En el Cairo, las olorísimas flores del *Santolina fragrantissima*, llamado por los naturales Babourug ó Zeysoum, se vende mucho para los mismos usos que la manzanilla.

La fragancia peculiar de los téés más finos y caros que se traen de la China, se debe al perfume artificial obtenido por el contacto con muchas flores aromáticas, que se usan generalmente con ese objeto. Estan son, principalmente, el Chulan (*Chloranthus inconspicuus*), *Agalia odorata*, el jazmin del Cabo (*Gardena florida*) y el oliva fragante (*Olea fragrans*).

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL.

En la sesión celebrada este mes se dió cuenta de un trabajo del Sr. Bolivar sobre ortopteros, y de otro del Sr. Rodriguez acerca de plantas de Mallorca, hablando además el Sr. Vilanova sobre la teoría hidrotermal.

UNA IMPORTANTE OBSERVACION

ASTRONÓMICA.

Con fecha 13 de Julio, desde McKeesport, Estado de Pensilvania, dos aficionados á la astronomía escribieron al *Scientiste Americam*:

"Mientras observábamos el planeta Júpiter, á las diez y cinco minutos de la noche, cuando esperábamos el tránsito de uno de los satélites, nos sorprendió la aparición de una mancha negra mucho mayor que ninguno de esos, en la margen oriental del disco. Se movia rápidamente hácia el Oeste á lo largo del borde superior de la faja del Norte, y desapareció á la una y veinticuatro minutos de la madrugada del 12. Desde su primer contacto interno hasta el último externo se pasaron justamente tres horas y diez y nueve minutos, tiempo de Pittsburgo sobre el Monongahela, tri-

butario del Ohio. Apareció ser un cuerpo sólido opaco, verdaderamente esférico, de perfiles bien definidos, y negrísimo. El tránsito del satélite ocurrió á las once y cuarto de la noche, y no presentó apariencia desacostumbrada. Ahora bien, ¿qué cuerpo era ese? Nosotros somos constantes observadores de los cielos, aunque no muy versados en la ciencia astronómica, y deseamos que las personas competentes en la materia nos den alguna luz. "

* *

DESCUBRIMIENTOS DE FÓSILES.

Los huesos encontrados en Wyoming y Colorado por el profesor Marsh, representan reptiles de muchos tamaños, desde el de un gato, hasta uno de 60 piés de alto. Este último se encontró en Como, del territorio de Wyoming, y pertenece al orden cocodrilo; pero los restos dan pruebas de que el animal se sentaba sobre las patas traseras, como el kanguroo de Australia. Otro encontrado en Colorado calcula el profesor Marsh que midió 100 piés de largo. Gran número de restos de la misma clase general, aunque pertenecientes á diferentes especies, se han recogido y despachado á esta parte del país. Entre ellos se cuentan de 300 á 400 muestras de *dinosaurianos* y unas 1.000 de *pterodactyls*, que se han remitido de Colorado, Wyoming y Kansas. Las alas de uno de estos últimos median de punta á punta de 30 á 40 piés. Entre las yeseras de Kansas occidental se han encontrado 17 especies diferentes de esos dragones volantes. También seis especies de aves dentadas. Poco hasta ahora ha podido hacerse comparativamente, en lo que respecta á la clasificación de los últimos hallados, porque la tarea demanda mucho trabajo y tiempo. Revisten, sin embargo, carácter de gran importancia, pues que nada de esa especie se había encontrado en América hasta hace poco más de un año, y ciertos geólogos dudaban de su existencia. Otro rasgo notable del descubrimiento consiste en que los fósiles cuya presencia en el país se negaba, apenas se sacaron á la luz de una localidad, cuando se descubrieron en ellos miles de toneladas de ellos casi simultáneamente en media docena de lugares diferentes.

* *

LOS BAÑOS ENTRE LOS ROMANOS.

El baño para los romanos y los pueblos orientales, constituía un lujo constante y costoso. Los termas eran los más aceptados, como lo testifican los grandiosos templos, por decirlo así, llenos

de esquisitos ornamentos arquitectónicos y artísticos, que han dejado tras sí con ese objeto. Los baños públicos tenían 5 ó 6 aposentos para desnudarse y vestirse los bañistas. Había en Roma no ménos que 856 de esa clase, cada uno de los cuales podía admitir á un tiempo hasta 1.800 personas. Las abluciones frecuentes las consideran los musulmanes como un deber religioso, de modo que en cada casa hay un cuarto para el baño, habiéndolos públicos en casi toda aldea. En Rusia y en Hungría son también muy comunes los baños templados y calientes. Tan esencial es el baño para la salud y la moralidad, que merece considerarse, sábia la religion que lo impone, como un deber.

* *

DESTINO DE LOS GRANDES HOMBRES

DE LA ANTIGUEDAD.

De todos los héroes famosos que han sido elogiados por los poetas y á quienes se les han erigido estatuas y monumentos, ¡cuán pocos son los que han muerto en paz! Ciro el Grande fué decapitado por una mujer, que echó su cabeza en un vaso lleno de sangre. Milcíades, que mandaba á los atenienses en la célebre batalla de Marathon, fué condenado á muerte y murió en la cárcel. Pausanias, que mató 300.000 persas, fué dejado á morir de hambre en el templo de Minerva. Themístocles, que destruyó la escuadra de Xerxes, murió proscripto. Como traidor á su patria fué condenado Épaminondas. Filipo de Macedonia fué asesinado. Su hijo, Alejandro el Grande, murió á los 32 años de edad, y se supone de veneno. Uno de los más grandes capitanes de su época, Pirro, cayó á manos de una mujer. Anibal se suicidó con veneno. Escipion murió en el destierro. Mitrídates se atravesó con su propia espada. A Antioco le dieron muerte sus secuaces. Perseo fué llevado cautivo á Roma y murió en la prisión. A Escipion, el joven, le asesinaron en el lecho; uno de sus oficiales hizo lo mismo con Cinna. Mario murió por sus excesos; Craso á traición. A Pompeyo le asesinaron y á Julio César le dieron de puñalados sus íntimos amigos. Bruto, Casio y Antonio se quitaron la vida con sus propias espadas. De los 12 Césares 9 acabaron de muerte violenta.

* *

EL CUIDADO DE LOS OJOS.

En una nueva obra francesa de M. Arthur Chevalier se recomienda altamente el cuidado de los

ojos. Dice entre otras cosas, que el uso de estos debe regularse según su fuerza y nunca cansarlos; antes al contrario, conviene descansar á menudo mientras se trabaja con la vista. Esto es, cuando se lee ó escribe debe pararse de tiempo en tiempo y dar lugar á que los ojos descansen observando los diferentes objetos circunvecinos. Locura es persistir en el trabajo luego que aparecen los primeros síntomas de fatiga. Tan pronto como empieza la comezon en los ojos, ó que se inyectan de sangre, ó que se siente pena en los globos, debe darse de mano á la lectura ó escritura, y lavárselos con agua fria. Tampoco ha de pasarse repentinamente de la oscuridad á una claridad deslumbrante. Toda luz artificial es dañosa á la vista. «Si una persona, añade el autor, no puede desprenderse de un trabajo asídúo, varíe al ménos la ocupacion; ó cierre los ojos de cuando en cuando y dé unos cuantos paseos en su cuarto de estudio, ó lo que es mejor todavía, salga al aire libre por corto rato; pues por breve que sea el cambio, ha de servirle de grande alivio. Todo aquel que se convenza de que fia demasiado en el poder de su vista, absténgase sobre todo de dedicarse á un trabajo sério inmediatamente despues de levantarse. de comer, ó de escribir ó leer á la luz artificial. Lávese á menudo los ojos con agua fria durante el dia, remedio éste, que si bien simple, no ha dejado de producir buenos efectos en todos los casos de que tenemos noticia. Húyase de los baños de agua tibia, que son dañosos para la vista.»

BIBLIOGRAFIA.

Manual de Quintas. Guía práctica para todas las operaciones del reclutamiento y reemplazo del ejército y armada, arreglada á la novísima ley de 28 de Agosto de 1878, en concordancia con la jurisprudencia establecida anteriormente en la interpretacion de los preceptos legales, por D. Fermin Abella, abogado y director de *El Consultor de los Ayuntamientos y Juzgados municipales.* Un tomo

en 8.º francés de 452 páginas. Madrid, Diciembre de 1878.

Se vende al precio de cuatro pesetas. Administracion: Torres, 13, bajo.

En la piedra de toque, drama en tres actos y en verso, original de D. Emilio Alvarez Gimenez, representado por primera vez en el teatro del Liceo de Pontevedra, el 9 de Agosto de 1878. Un volumen en 4.º menor de 104 páginas. Pontevedra, 1878.—Imprenta de J. A. Antunez.

Se halla de venta en la Administracion de la Galería dramática. «El Teatro» de los Sres. hijos de D. Alonso Gullon, y en casa de los correspondientes en provincias.

La Niñez, revista de educacion y recreo.

Se publicará desde el próximo año, tres veces al mes, en cuadernos de 16 páginas, con grabados, á los precios siguientes de suscripcion:

Madrid.....	22 rs. semestre y 40 rs. año.
Provincias.....	28 " " y 50 " "
Extranjero y U tra- mar.....	44 " " y 80 " "

A los que se suscriban ántes del 1.º de Enero, se les regalará un *Almanaque americano* en miniatura.

Administracion: Matute, 2, librería de Sanchez.

Lecciones de taquigrafía, por D. Ricardo Villaseñor, auxiliar de Guerra é individuo correspondiente de la Sociedad de lectura y de conferencias científicas de Génova. Obra declarada de texto en la Academia de E. M. del ejército.—2.ª edicion.—Madrid, 1878.—Establecimiento tipo-litográfico del depósito de la Guerra.

Esta segunda edicion, corregida y aumentada con la historia de la Estenografía, se vende al precio de 10 reales en la librería de Hernando, Arenal, 11.

FIN DEL TOMO DUODÉCIMO.